

MANUEL LINARES RIVAS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALMAS BRUJAS

TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS



HISPANIA
CID. 4. MADRID

ALMAS BRUJAS

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, núm. 20.

MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALMAS BRUJAS

TRAGI-COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA PRINCESA
EL 13 DE MARZO DE 1922



BIBLIOTECA HISPANIA

CID, 4.—MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María Deseada	Srta. Tapias.
La Preciosa	» Guerrero López.
Dorotea	Sra. Salvador.
Patricia	Srta. Hermosa.
Filomena	» Férriz.
Doña Virtudes (60 años)	» Pacello.
Doña Fe (70 ídem)	» Gavilán.
Doña Esperanza (80 ídem)	» Larrabeiti (M.)
Doña Caridad (90 ídem)	» Alcántara.
Maese Bartolomeo (50 ídem)	Sr. Díaz de Mendoza (Fernando).
Belial	» Juste.
Pasamontes	» Díaz de Mendoza y Guerrero (F.)
El Virrey de Pueblos Viejos	» Vedia.
El Enamorado	» González Marín.
El Doctor Sabio	» Capilla.
El Poeta Donilo	» Vázquez.
El Chambelán	» Ortega.
El Sumiller	» Férriz.
El Barón de Belar	» Miralles.

Época indeterminada.—Derecha izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO.—PROLOGO

Una especie de tienda o cobertizo improvisado para pasar una noche al aire libre, incluso con chismajos de los que lleva Maese para sus títeres.

ESCENA PRIMERA

Maese Bartolomeo, sentado a la puerta en un taburete ante una mesita con libros y papeles. A sus pies dos muñecos y otro sobre la mesa.

—¡Qué gran cosa es el Sol! Luz, calor, alegría... y, sobre todo, haber disipado las sombras negras de la noche, en que danzan los fantasmas y los miedos... A estas horas el mundo es mejor, más verdadero y más bondadoso... ¡De noche únicamente son mejores las estrellas arriba y las luciérnagas abajo! Hasta las mujeres, con su encanto permanente, son más hermosas de día que de noche... aunque de noche suelen ser más amables que de día.

¡Bendito seas, Padre Sol! ¡Qué goce tan grande

el dormir una siesta en el campo, despertar en plena claridad, y sentirse de pronto, sin una vacilación siquiera, dentro de la luz, del aire y de la vida!

Ahora, con mis libros, a ser un sabio para mí, y después, con mis muñecos, a ser un loco para todos.

¿Te acuerdas de los disparates que dijimos ayer tarde, Pasamontes? *(Dándole suavemente con el pie.)* ¡Despierta, hombre, despierta!

En mitad de la feria, armado el guiñol: en torno, los amabilísimos papanatas; tú, en el escenario; yo, desde abajo, moviéndote con mis dedos..., ¡y a charlar!... *(Cogiendo el muñeco para accionar con él.)* Respetable público: no falta quien haya dicho que en este mundo se reduce toda la cuestión a ser o no ser. Yo discrepo..., y para mí toda la cuestión está en parecer o no parecer. Si me juzgáis inteligente, galán, honrado..., lo soy, aunque no lo sea; y si no os lo parezco, no lo soy..., aunque lo sea. Me diréis que uno es siempre lo que es, aunque los demás no lo reconozcan ni se lo concedan..., pero yo respondo: ¿de qué me servirá el ser algo, si ese algo no lo cree nadie? ¿Qué adelanto con ser listo si me consideran inepto? ¿De qué me vale ser honrado si me tenéis por un pícaro?

De nada, ¿verdad? Pues entonces, en este mundo lo único real es la apariencia, y lo único sensato es

el tratar de parecer lo que nos convenga. ¿Estamos de acuerdo? ¿Sí? Muchas gracias..., y buenas tardes.

(Y sacudiéndole con un movimiento brusco de la mano, para desprenderlo, tira el muñeco al suelo.)

¿Y la escena de amor? *(Cogiendo cuidadosamente al muñeco de la mesa.)* Tú ya no te acordarás, María Deseada, que las mujeres olvidan pronto las palabras leales que les dicen. Traiciones, injurias y golpes..., ¡esos lo recuerdan siempre!; pero amor verdadero, sacrificio verdadero y constancia..., ¡constancia verdadera, de no desear más que a una con el cuerpo y no pensar más que en una con el alma..., eso..., eso no lo aprecian!

¿No contestas? ¿Ya te pones adusta y despreciativa, nada más que por verme cariñoso?

¿Por qué eres así conmigo? De que te quiero no puedes tener duda, y de que te daría la vida, si estuviera en mi mano, haciéndote feliz..., ¿lo dudarás, Deseada, lo dudarás?

(Deja el muñeco. Pensativo.) ¿La vida? ¿La felicidad? ¡Qué misterio tan incomprensible hay en todo esto! Entre hombre y mujer, con un minuto de amor—o que se parezca al amor—, ya saben que van a crear una vida. Cualquiera y todos: el rey o el

gañán..., y de todos, el más bruto es el más perfecto creador. Pero ¿la felicidad? Con amor o sin amor, con ansia o sin ansia..., ¿quién se creerá capaz de hacer feliz a otro?

Y así, dar la vida—que es lo más—resulta sencillísimo, y dar la felicidad—que es mucho menos—resulta imposible.

Hoy mismo concluí de leer este libro, que trata ese tema. Diez y ocho capítulos, doscientas hojas y cuatrocientas páginas para llegar al final con la misma duda que al principio. Nos enseña que debemos ser felices..., ¡¡que tenemos derecho a ser felices!! Muy bien..., ¡muy bien! Pero yo pregunto solamente: "¿Y cómo hemos de serlo? Ese derecho a la felicidad, tan noble y tan lógico..., ¿a quién se lo exigimos? ¿Contra quién reclama el que no lo sea? Y si no hay contra quién reclamar en este mundo..., ¿para qué nos sirve ese derecho?

De esto, que tal vez fuera interesante, no dice ni una palabra el maravilloso y elogiadísimo *Tratado de la Felicidad. (Deja con desdén el libro.)* Gran locura es la mía buscando la solución en un libro, pero también es gran injusticia—de quien sea...— el negar la felicidad a los pobres mortales.

No hablo de los males físicos, que eso en la Humanidad es herencia y castigo de la flaca naturaleza;

pero ¿qué falta le hacían a la tierra los odios, las envidias, las calumnias y toda la miseria espiritual que nos envuelve y nos corrompe?

¡¡Bah, bah!!... Dejemos el asunto, que no lo he de resolver yo... ¡¡Hondo misterio que les complazca, que les agrade a los inmortales del Olimpo, el que nuestra pobre vida sea tan amarga y tan penosa!!... ¡Hondo misterio!

ESCENA II

MAESE BARTOLOMEO: por derecha, BELIAL, vestido y caracterizado exactamente lo mismo que MAESE BARTOLOMEO, como una contrafigura suya.

BELIAL.—*(Siempre cortés y afable y risueño.)*—¿Piensas tú que sería curioso el desentrañarlo?

MAESE.—*(Después de una pausa de asombro.)*—A no estar bien despierto, juraría que soñaba...

BELIAL.—¿Y despierto no sueñas, Maese? Te compadezco. En el mundo no hay más que una verdad absoluta, que es el dolor físico. Papas, emperadores, mendigos, escépticos o creyentes, todos son iguales ante un dolor de cabeza, ante un brazo que se les rompe o para una comida que se les indigesta. Apartando eso, todo es mentira, porque todo está modificado por la propia imaginación..., y ya, de

mentir, la ventaja se la lleva el que miente más y se lanza desbocado por el reino de la fantasía y del delirio: ¡el inagotable y hermoso reino de los sueños!

MAESE.—Puede que tengas razón..., y puede que no la tengas; pero antes necesito saber con quién hablo. ¿Quién eres?

BELIAL.—Maese Bartolomeo.

MAESE.—¡Maese Bartolomeo soy yo!

BELIAL.—Y yo también. ¿Qué inconveniente hay en que lo seamos los dos?

MAESE.—En parecerlo, ninguno.

BELIAL.—Pues si lo parezco, lo soy. ¿No has dicho tú que la cuestión es parecer?

MAESE.—Para los demás, sí; para uno mismo, no. Podré engañar a todos, pero a mí no me engaño nunca, y ya descuento que a la hora final no me juzgarán por lo que aparenté, sino por lo que fuí.

BELIAL.—Es muy posible.

MAESE.—Muy seguro. Y el nombre igual, la ropa igual y hasta las facciones iguales aun no bastarían para que fuéramos lo mismo tú y yo.

BELIAL.—Te diré más todavía. Fuí buhonero.

MAESE.—También yo.

BELIAL.—Ahora voy con un carro: en el carro, el guiñol, y para el guiñol, los muñecos. El preferido,

el más simpático—que es naturalmente el más granuja—, se llama Pasamontes.

MAESE.—¿Pasamontes?...

BELIAL.—Y la predilecta—que es naturalmente la más hermosa—se llama María Deseada.

MAESE.—¡No! ¡La Deseada es mía solamente!

BELIAL.—Y mía.

MAESE.—¡Mientes!

BELIAL.—¿Por qué miento? ¿Qué inconveniente hay en que una mujer sea de dos?

MAESE.—¡Porque eso no debe ser!

BELIAL.—Eso no debe ser; tienes razón tú. Pero eso es muchas veces..., y ahí tengo razón yo.

MAESE.—*(A la muñeca.)*—Si fueras de carne y hueso ya tendría clavado yo el aguijón de los celos... *(A Belial),* ¡¡y el de la ira también!! Para los dos vale más que no lo sea.

BELIAL.—Para los tres.

MAESE.—Para los tres, bien. Y concluyamos.

BELIAL.—¿Convencido?

MAESE.—De la apariencia.

BELIAL.—Aun me quedan pruebas mayores. Da un pedazo de tu carne; yo doy un pedazo de la mía; llamemos a un doctor y que las analice.

MAESE.—No es la carne la que distingue a los hombres.

BELIAL.—Pero es la que nos condena.

MAESE.—Eso sí. Y basta ya de farsa. Debes tener por alguien referencias mías, y has querido aprovechar tu semejanza para embromarme...; pero te exageraron un poco mi buena fe.

BELIAL.—Como gustes. Dejaré de aparentar que soy Maese Bartolomeo.

MAESE.—¿Quién eres? ¡Acaba!

BELIAL.—Belial.

MAESE.—¿Belial?... ¿Satanás?...

BELIAL.—Si me prefieres con el nombre hebreo, Satán, sí.

MAESE.—¿A qué vienes? ¿A proponerme algún pacto?

BELIAL.—*(Despreciativo.)*—¡¡No!!... Esos son cuentos ridículos. ¿Cien años..., o cien siglos de placeres..., y en el último año arrepentirte y burlarme? Eso está bien en verso, y aun mejor en música, con apoteosis y bailarinas; pero no tiene ni asomos de sentido común.

MAESE.—¿Y entonces?

BELIAL.—Vengo porque me gusta hablar de vez en cuando con los hombres honrados.

MAESE.—Más natural sería que buscaras a los réprobos.

BELIAL.—Esos van ellos a verme a mí..., y po

mucho tiempo. ¡Demasiado tiempo ya! Así es que yo escapo del Infierno porque me resulta de una monotonía desesperante. Como empresario no tengo queja ninguna, pues sigue yendo mucho público; pero como artista estoy desconsolado.

MAESE.—¿Ahora no va gente distinguida?

BELIAL.—Muy poca.

MAESE.—Es que tú has de tener ya el paladar muy hecho a platos exquisitos..., y lo comprendo bien. Después de quemar a Caín—que os habrá interesado mucho por ser el debut de los fratricidas—o de quemar a Nerón, que debutaba como incendiario de su propio pueblo, y además tuvo la bondad de ser ladrón y asesino, aparte de otras bagatelas como sodomita e incestuoso..., después de quemar a esos, ¿qué gusto vais a sacar de darles tizonazos a unos raterillos que hurtaron pañuelos o a los notarios que falsifican testamentos?

BELIAL.—Ninguno. Los quemamos ya por costumbre...; pero sin ilusión.

MAESE.—Es lo natural. Con esa vulgaridad en la clientela de hoy se explica de sobra que no quieras estar en el Infierno. Yo tampoco.

BELIAL.—Tú serías muy bien recibido.

MAESE.—Lo agradezco...; pero dispensa que no te complazca en ese detalle.

BELIAL.—Dispensado.

MAESE.—En cambio por la tierra no te faltará distracción.

BELIAL.—Menos aún.

MAESE.—¿Y tu oficio de tentador, tu ansia de condenaciones?

BELIAL.—Vacante el oficio. No hay trabajo para mí... La mayor parte se condenan ellos solos; algunos son tan tontos, que ni para las calderas me convienen..., y quedan unos cuantos indecisos...; pero, por media docena de almas más o menos no es cosa de molestarse.

MAESE.—¿Luego la visita es para mí?

BELIAL.—Exclusivamente. Eres un hombre de buena fe, un espíritu recto y leal..., y aunque por hombre te desprecio, por leal te estimo, y por cándido me interesas. Te oí lamentar..., y me dije: esta alma buena, que cree en todo, tiene una duda sin embargo. Bien merece que vayamos a resolvérsela. ¡Y aquí estoy!

MAESE.—¿Y cómo es que tú, siendo Belial, es decir, el Maligno, te complaces en una bondad?

BELIAL.—Explícame tú antes por qué motivo, siendo yo ángel, he preferido ser demonio..., y yo te explicaré después todos los absurdos de la tierra.

MAESE.—Eso es imposible.

BELIAL.—Pues vamos a lo posible..., si quieres. Escucha, Maese: la felicidad está en el mundo, y la tenéis vosotros.

MAESE.—No lo parece.

BELIAL.—Poca razón para que no lo sea...

MAESE.—Cierto.

BELIAL.—Al sonar en el tiempo la hora de las mercedes y de los favores, creó primero el Unico a Azrael, que es el ángel que os trae vuestra mayor felicidad.

MAESE.—¿Azrael? ¡Pero Azrael es el ángel de la muerte!...

BELIAL.—Por eso dije de la mayor felicidad. Sin ella tendríais la vejez eterna... ¿Te figuras bien el horror de vivir siglos y más siglos, caduco, tembloroso, desdentado, paralítico al fin, con el cuerpo inmóvil y el entendimiento atrofiado?...

MAESE.—¡¡Calla, Belial, calla!!

BELIAL.—Me pareció muy bien, no por el favor que os hacían, sino porque abreviaban el plazo para ser míos, y no puse dificultades al mensajero. Después mandó el Unico otro enviado para que repartiera lo que la Humanidad entiende por sus verdaderos bienes: la salud, la riqueza, los honores..., ¡¡y a eso me opuse yo frenético!!

MAESE.—Enemigo del bien tienes que ser...

BELIAL.—Salí al paso del mensajero para que me dejara destruír aquellos bienes. Amenacé..., ofrecí..., como después a Jesús, le dije que le daría cuanto viera..., *tibi dabo omnia res*..., y a todo se negó. Entonces cambié de táctica. Me hice humilde, me mostré arrepentido, lloré desconsolado..., y al fin, para persuadirle de la contrición mía y de mi sincero dolor por haberme opuesto un instante a las órdenes divinas, le di la prueba definitiva diciéndole: no sólo dejo de oponerme a que esos bienes se repartan, sino que, para castigarme a mí mismo, soy yo quien los va a repartir...

Conmovióse con mis lágrimas, creyó en mi pena y en mi arrepentimiento—la historia eterna de los buenos creyendo cándidamente en las protestas de los malos!!—y accedió a mi demanda. ¡Qué más quise yo! Y para que el bien no fuera un verdadero bien en el que lo recibe, me dedico a concedérselos a quienes menos lo necesitan... ¿Llevo un lote de salud? Pues a los que ya estén sanos y fuertes. ¿Llevo un lote de riquezas? Pues a los que ya sean ricos.

MAESE.—Y sólo alguna vez, por equivocación, va la salud a quien enfermó, la riqueza para un pobre y el honor para quien lo merece.

BELIAL.—Exacto. Por equivocación lamentabilísima...

MAESE.—La felicidad relativa está en el mundo, sí..., pero como si no estuviera.

BELIAL.—Porque afortunadamente vosotros sois unos grandísimos egoístas..., ¡¡y por ello os alabo!!, que si no lo fuerais tanto, muy fácil os era enmendar la suerte.

MAESE.—Dando cada cual lo que tiene.

BELIAL.—¡¡No!! Eso, a fuerza de sublime, sería ya disparatado. De un modo más sencillo y más hacedero. De lo que es personal e intrasmisible, como la salud y el talento..., que todo lo disfrute quien lo tenga. Y de lo que es trasmisible, como la bondad y el amor, en el orden moral, o las atenciones, las generosidades y el dinero, en el orden material, de eso, que disfrute quien lo tenga hasta no poder ya disfrutar más, hasta saciarse..., y después..., ¡después!, ¿comprendes?, después de saciarse, lo que sobre, darlo, no guardarlo con inútil avaricia.

MAESE.—Lo que sobre...

BELIAL.—Ya ves que es bien poco... ¡Y bastaría!

MAESE.—¡Pero el consejo es en contra tuya!

BELIAL.—¡No! Me consta que no habéis de seguirlo..., y no hay riesgo ninguno en divulgarlo. Buenas tardes, Maese.

MAESE.—*(Como soñando.)*—Si todos fuéramos buenos unos para otros...

BELIAL.—¡ Admirable!... Pero absurdo.

MAESE.—Si no envidiáramos ni calumniáramos...

BELIAL.—¡ Hermosísimo..., pero absurdo!

MAESE.—Si disculpáramos las torpezas ajenas, ayudándonos mutuamente...

BELIAL.—¡ Magnífico..., magnífico!... Pero absurdo. La primera ley de la Humanidad es el egoísmo, y gracias a ella viven muy cómodamente los odios, las envidias, los crímenes y las guerras, las persecuciones, los patíbulos y las hogueras..., dejándome a mí sin tener nada que hacer en este mundo. Buenas tardes, Maese.

MAESE.—¡ Belial! ¡ Belial! No me dejes con palabras tan desconsoladoras.

BELIAL.—Vine a decirte un secreto: te diré dos para complacerte más. Algo de razón tienes al pensar que en el mundo no todo es falsedad. ¿ Sabes quién es el único hombre al que nunca le perjudicarán en sus intereses, ni le serán desleales sus amistades, ni le harán traición en sus amores?

MAESE.—¿ Quién?

BELIAL.—Tú.

MAESE.—¿ Yo? ¿ Y por qué merezco yo tan señalado favor y bondad tan infinita? ¿ Por leal?

BELIAL.—*(Riendo)*.—No...

MAESE.—¿ Por honrado?

BELIAL.—No...

MAESE.—Por justo y prudente y...

BELIAL.—¡No, hombre, no! Porque tus amistades, tus confianzas y tus amores los has puesto en unos muñecos.

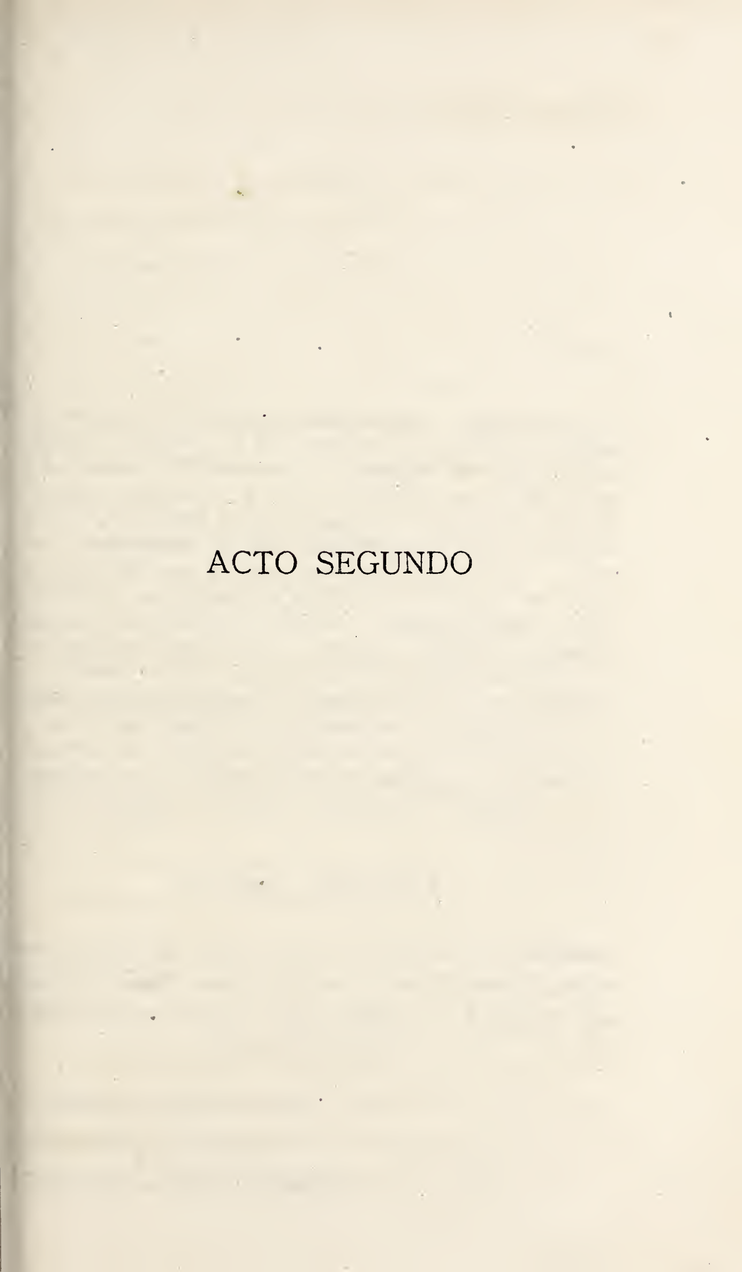
MAESE.—¡Belial!

BELIAL.—Belial te garantiza que esos no te serán jamás ingratos... Buenas tardes, Maese...

MAESE.—*(Cogiendo una muñeca.)*—Sólo hay seguridad de que no serán ingratos los que materialmente no lo pueden ser... ¡¡Aun amando a una muñeca, se le hace a uno pedazos el corazón al saber esto!! ¡Deseada! ¡Deseada! ¡Dime que es mentira! ¡Dime que alguien es leal! ¡Dímelo, Deseada, dímelo!...

(Belial va retirándose despacio, mirándole y sonriéndole entre burlón y compasivo.)

TELON



ACTO SEGUNDO

Una cocina de campo en estilo español antiguo, con su caldera pendiente de una cadena, los grandes trébedes y los bancos adosados bajo la campana. Un candil. A la derecha, una puerta y un retablillo con un farol. A izquierda, una gran ventana apaisada con vidrios de colores emplomados. A foro derecha, una puerta pequeña, a la que se llega por unos escalones. Un rellano. A foro izquierda, una especie de armario sin puertas, con fondo negro, y una hilera de clavos de cabeza grande, de donde cuelgan unos muñecos de guiñol. Muebles de madera y cuerdas. Algún cuadro. Es de noche. Un velón de cuatro brazos ilumina la escena. El farol del retablillo y la luz del candil dan sus puntitos de claridad, y en el hogar de la chimenea rebrilla la lumbre de la leña, reflejando en rojo fuerte sobre los muñecos. Un gran brasero de madera y bronce colocado en el centro.

ESCENA PRIMERA

Dorotea, con una varita, sacude el polvo a los muñecos colgados. Cuando pega a los que la luz del hogar ilumina directamente, parece que apalea fuego... Una pausa. Patricia, por derecha.

Patricia.—¿Se puede?

Dorotea.—¿Quién es?

Patricia.—Yo. La Patricia.

Dorotea.—Hola. ¿Sigue nevando?

Patricia.—*(Sacudiendo el abrigo fuerte que trae y se ha quitado.)*—Sí, señora. No se ven ya los caminos, y por el aire vuelan que es un gusto los pájaros locos de la nieve.

Dorotea.—Pues arrímate al fuego.

Patricia.—Se agradecerá... Esta noche va a nacer el Niño Dios, viendo el mundo como lo quisiera para siempre: todo blanco.

Dorotea.—Verdad es...; pero cuando ni El mismo lo consigue para siempre, ¡malo debe ser el mundo, Patricia!

Patricia.—Eso dicen, doña Dorotea.

Dorotea.—¿Y cómo has salido tú de casa con el tiempo así?

Patricia.—De puerta a puerta no es viaje; pero aunque lo fuese, bien se lo merecía el saludar a Maese Bartolomeo.

Dorotea.—Hará una hora que ha llegado.

Patricia.—¿Fuerte y sano?

Dorotea.—Fuerte. Le prueban admirablemente sus correrías.

Patricia.—¿Y es muy rico, verdad?

Dorotea.—Por busca de acomodo ya no sale; pero los malditos muñecos le trastornan, y en cuanto se van los fríos y las heladas se pone triste..., hasta

que un día me dice: "Dorotea, mis muñecos me piden que salgamos por el mundo adelante...", y por más que le predico... ¡se marcha!, y cuando vuelve, ya volvieron también otra vez las nieves.

PATRICIA.—Usted se lo debía impedir.

DOROTEA.—No soy quién para disponer... y, además, le tengo un poco de miedo.

PATRICIA.—¿Al hombre más bueno y más generoso de la tierra?

DOROTEA.—No es temor a un golpe ni a una riña siquiera, no; es respeto, adoración... Somos hermanos de padre y madre, pero a veces me quedo pensando: "No, no es hermano mío, ni hermano de nadie, que este hombre no se parece a los demás hombres..." Pero después me río yo misma de estas bobadas, que no tienen atadero ninguno de formalidad.

PATRICIA.—Madre dice que es un sabio... y padre dice que un loco.

DOROTEA.—¿Y tú?

PATRICIA.—Yo digo que es muy bueno.

DOROTEA.—¡Tantas cosas le atribuyen! El médico asegura que es un visionario—uno de esos que ven lo que hay—; el señor obispo, que le habló en una ocasión, me dijo que era un poeta, sólo que mejor aún que los poetas, porque no hacía versos;

y el señor cura me dice que es un santo..., ¡así es que yo no sé lo que pensar!

PATRICIA.—Preguntárselo a él mismo.

DOROTEA.—¡Más preguntado que va! Pero se ríe siempre... y contesta que sabe algo porque lee mucho..., y que sabe aún mucho más porque no hace caso de lo que lee.

PATRICIA.—Contestación es, sí señora..., pero como para enterarse no digo yo que lo sea.

PATRICIA.—Pues no da otra.

ESCENA II

DICHAS. FILOMENA, por derecha.

FILOMENA.—¿Ha venido, eh?

DOROTEA.—Sí.

FILOMENA.—Dios le traiga.

DOROTEA.—Amén.

FILOMENA.—Mi madre me manda con este cachito de pastelón que hicimos hoy para que lo pruebe el viajero.

DOROTEA.—Muchas gracias, Filomena, y a tu madre también se las has de dar.

FILOMENA.—Ya sabemos que aquí habrá de sobra, pero es la voluntad de ofrecer.

DOROTEA.—Y eso es lo que estimamos.

(Recoge la bandeja, y mutis por derecha.)

ESCENA III

FILOMENA y PATRICIA.

PATRICIA.—¿También en tu casa aprecian a Maese?

FILOMENA.—En la mía y en todas. Si fuera más mozo en años habría para un mal pensar de tanto como le alaban las mujeres.

PATRICIA.—De todas no ibas a suponer lo malo.

FILOMENA.—Claro que no; pero ya sería bastante con creerlo de muchas.

PATRICIA.—Di que él es muy formal y muy serio.

FILOMENA.—Que lo es no cabe duda...; pero ya los hay que andan tras de las faldas con muchísima formalidad.

PATRICIA.—Me parece, Filomena, que si te rondara a ti el Bartolomeo...

FILOMENA.—Puede que le dijera que no, por la edad..., pero sin cavilarlo antes mucho no sería, que es un hombre muy cabal y de simpatías el Bartolomeo. ¿Tú no lo encuentras?

PATRICIA.—Yo no lo busco.

FILOMENA.—Digo de simpatías y de agrados.

PATRICIA.—Como la que más.

FILOMENA.—En cambio, las muy viejas le inventan cuentos de mal contar.

Patricia.—Porque no pueden ya con pensamientos más alegres.

Filomena.—También va por ahí mi suponer, pero con lo que dicen hay para un carro de horrores y de miedos.

Patricia.—¿La amistad con el demonio?

Filomena.—Sí.

Patricia.—Yo no creo nada de eso.

Filomena.—Ni yo tampoco. Pero decir lo dicen ya de más.

ESCENA IV

Dichas. Dorotea, por derecha.

Dorotea.—Quedaos a cenar.

Filomena.—Otra noche, que hoy tenemos fiesta después de la misa.

Patricia.—Nosotros también. Le saludaremos nada más, si puede ser.

Dorotea.—Con mucho gusto.

Patricia.—Y que a ustedes no le faltarán tampoco sus cosas en que trajinar...

Dorotea.—Ya cuento con ello. Aquí no dan que hacer las personas; ¡pero, en cambio, esos dichosos espantajos! Desde mañana, a buscarles vestidos... y a estudiar papeles.

PATRICIA.—Creo que el mismo don Maese se escribe las comedias.

DOROTEA.—El mismo. Lee mucho, coge lo que le gusta y luego se lo apaña a su manera. Vamos, como un autor de verdad.

PATRICIA.—Ya es mérito.

DOROTEA.—Ya es negocio. Después se lo aprende de memoria, y cuando llega la función lo dice... o dice lo que le da la gana. Vamos, como un cómico de verdad.

FILOMENA.—Comprendo, sí, señora. Vi yo en Madrid una función..., y tiempo más tarde me llevaron otra vez al teatro. Iba muy a regañadientes porque era la misma función..., pero al fin lo pasé muy a gusto, porque dijeron cosas distintas. Deben cansarse de repetir y cambian. ¡Está muy bien eso!

DOROTEA.—Bastante bien. Y así pasamos el invierno, ocupándonos de ellos más que de nosotros. Lo único que me subleva es el cariño extremado que les tiene. ¡Ni que fueran sus propios hijos! Hay una muñeca, que él llama María Deseada, y para ella siempre los vestidos más lujosos y los papeles más principales. ¡De señorona no baja nunca, y como pueda la hace princesa o emperatriz!

FILOMENA.—¡Qué suerte!

DOROTEA.—¿Pero no es una chifladura el tomarle cariño y decirle tontadas a un pedazo de cartón?

PATRICIA.—Eso es de remate.

FILOMENA.—¿Pero le dice cosas como a una persona?

DOROTEA.—Igual. ¡¡Les tengo una rabia a los dichosos muñequitos, que cuando les sacudo el polvo para limpiarlos, también les sacudo una miaja para zurrarlos!!

FILOMENA.—¡Bien hecho!

DOROTEA.—Sobre todo a uno, que hace el pícaro en las funciones, y ya tiene el muy granuja una cara de grandísimo desvergonzado...; ¡a ese le doy cada felpa que lo baldo!

FILOMENA.—¡Muy bien hecho! Y cuando se canse avíseme a mí, que le arrearé otro poco por mi cuenta.

PATRICIA.—¿Y por qué no le dejan en paz la manía, que daño no hace a nadie?

DOROTEA.—Puede que tengas razón. Peor que tratar a los muñecos como personas es tratar a las personas como muñecos... y de eso hay mucho.

PATRICIA.—Mucho hay, sí, señora.

ESCENA V

DICHAS. Por derecha, DOÑA VIRTUDES, DOÑA FE, DOÑA ESPERANZA y DOÑA CARIDAD, *cuatro nombres que en la juventud lozana fueron un emblema y ahora son un sarcasmo en aquellas cuatro viejas, cuatro arpías desdentadas, maldicientes y estrafalarias. Una lleva rosario a la cintura, pero las cuatro huelen a aquelarre...*

DOÑA FE.—Ave María.

DOROTEA.—Sin pecado concebida.

DOÑA VIRTUDES, DOÑA ESPERANZA y DOÑA CARIDAD.—Buenas noches. *(A un tiempo las tres.)*

DOROTEA, PATRICIA y FILOMENA.—Buenas noches. *(A un tiempo las tres.)*

DOÑA VIRTUDES.—Venimos a felicitar al viajero.

DOROTEA.—Muchas gracias, doña Virtudes. Siéntense.

DOÑA CARIDAD.—Al braserito, al braserito.

DOROTEA.—Donde gusten.

DOÑA CARIDAD.—Al braserito.

DOROTEA.—Ya voy, doña Caridad.

(Les traen las sillas y se sientan las cuatro viejas en torno del brasero.)

DOÑA ESPERANZA.—Dame para una firma...

DOÑA VIRTUDES.—Querían dejar la visita para

mañana porque cae un poco de nieve. Son muy frioleras...

Doña Caridad.—Claro, como tú eres joven no te importa.

Doña Esperanza.—¿Y qué nieve caerá que sea tan fría como la que llevamos y no cae jamás de nuestro cuerpo? ¡Por una hora de calor en mi sangre andaría descalza la noche entera sobre el hielo!

Doña Caridad.—Firme en el braserito, doña Esperanza, firme.

Doña Fe.—¿Y ese hombre?

Dorotea.—Muy bien. Vamos a avisarle.

Doña Fe.—Si no es molestia...

Dorotea.—Ninguna. *(Coge del brazo a Filomena y de la cintura a Patricia, y mutis las tres por la escalera del foro.)*

ESCENA VI

Doña Virtudes, Doña Fe, Doña Esperanza y Doña Caridad.

Doña Fe.—Se ha llevado fuera cinco meses, y creo que vuelve más fuerte y más robusto que nunca.

Doña Esperanza.—¡Parece mentira que pueda tener salud un impío!...

Doña Virtudes.—¿Impío?

DOÑA FE.—Me dijeron que no va nunca a misa. Yo no lo quiero creer, no; pero me lo dijeron.

DOÑA VIRTUDES.—No podrá, si es cierto lo del anatema.

DOÑA ESPERANZA.—Aseguran que sí.

DOÑA VIRTUDES.—¿También usted lo sabe, doña Esperanza?

DOÑA ESPERANZA.—Cuentan que fué la excomunión porque echaba una comedia muy inmoral.

DOÑA FE.—No, señora, fué por apoderarse de unos dineros del culto y no querer restituírlos.

DOÑA VIRTUDES.—¿Es posible, doña Fe?

DOÑA FE.—Como usted lo oye, doña Virtudes. Pero yo no lo creo, no. Ahora, que así lo dicen.

DOÑA ESPERANZA.—Deben ser calumnias.

DOÑA VIRTUDES.—Seguramente..., por más que es muy extraño que tenga una fortunita.

DOÑA FE.—Muy extraño: el oficio no es para acumular riquezas.

DOÑA VIRTUDES.—No lo es, no, señora... Y, sin embargo, las tiene.

DOÑA ESPERANZA.—Hay para dudar. ¿Qué opina usted, doña Caridad?

DOÑA CARIDAD.—Firme..., firme..., en el braserito.

DOÑA FE.—Pues aquí observa muy buena conducta.

Doña Virtudes.—Sí, señora, muy buena y muy ejemplar...; pero ya se han visto casos de gente muy quietecita en donde vive y haciendo unas fechorías horribles por otras tierras lejanas. Yo no digo que sea este el caso de Maese Bartolomeo... ¡Dios me libre!, pero digo que hay casos de estos.

Doña Fe.—Muchos. ¿Se acuerdan ustedes de aquel Casimiro Novales? Un hombre de una apariencia tan virtuosa por muchísimos años..., ¡¡y luego resultar que era un asesino!!

Doña Esperanza.—No, doña Fe.

Doña Fe.—Bueno, un ladrón.

Doña Esperanza.—No; no era nada malo.

Doña Fe.—Lo siento. Vamos, que siento haberlo dicho si no soy veraz.

Doña Esperanza.—Es que usted lo confunde con Casimiro Valler.

Doña Fe.—¡Ya decía yo que había un Casimiro criminal! El otro Casimiro me perdone. ¿Pero el otro no es el que tuvo aquella historia tan fea con una muchacha de la alquería?

Doña Esperanza.—No, señora. Ese fué un hijo de Tomás, el rojo.

Doña Fe.—Bueno, bueno...; pero yo le he de buscar alguna picardía a ese Novales, que ha de tener, ha de tener.

Doña Virtudes.—Para mí, en cuanto murmuran de Bartolomeo van equivocadas. No aciertan, no aciertan.

Doña Fe.—¿Usted qué supone?

Doña Virtudes.—Nada...

Doña Fe.—A ver si es lo mismo que hablamos doña Caridad y yo.

Doña Virtudes.—Puede ser...

Doña Fe.—Diga, diga...

Doña Virtudes.—Yo me malicio que este hombre no necesita de los medios vulgares para enriquecerse.

Doña Fe.—Porque se vale de otros, ¿verdad?

Doña Virtudes.—De otros.

Doña Fe.—¿Con el Maligno?

Doña Virtudes.—Sí, señora. ¡Jesús me valga!

Doña Esperanza.—¿No se lo decía yo, doña Caridad?

Doña Caridad.—Firme..., firme..., haga el favor.

Doña Virtudes.—Pascual, el jardinero, que se levantó mucho antes del amanecer, ha visto una cosa negra que volaba, entrándose luego por la chimenea de esta casa.

Doña Caridad.—¿Lo vió?

Doña Virtudes.—Muy fácilmente. Figúrese una

cosa negra entre la nieve blanca..., ¡pues muy visible, muy visible!

Doña Caridad.—¿Y era el Malo?

Doña Virtudes.—¿Quién iba a ser?

Doña Caridad.—*(Espantada.)*—¡Jesús, María!

Doña Virtudes.—Eso fué de madrugada. Por la tarde viene Bartolomeo. ¿Ve usted la coincidencia?

Doña Fe.—Se adelantó el otro para recibirle y obedecerle en cuanto llegara.

Doña Esperanza.—Será el pacto...

Doña Fe.—Naturalmente.

Doña Caridad.—¿Y en dónde estará escondido? ¿En la chimenea todavía?

Doña Fe.—Puede que en su misma habitación.

Doña Virtudes.—Yo creo mejor que estará en algún muñeco...

ESCENA VII

Dichas. Por el foro, Dorotea y Maese Bartolomeo; detrás, Filomena y Patricia.

Dorotea.—Aquí está.

(Las cuatro arpías se levantan espantadas dando un chillido.)—¡¡¡Ay!!!

Maese.—*(Que trae unos cuantos muñecos en la mano.)*—¿Qué les pasa, estimadísimas señoras?

Doña Virtudes.—*(Queriendo sonreír.)*—Como Dorotea dijo: "Aquí está..."

Dorotea.—No he mentido.

Doña Virtudes.—No..., pero es que hablábamos del *otro*...

Maese.—Pues complacidas también: el *otro* soy yo.

Las cuatro, dando un chillido ahogado: ¡¡¡Ah!!!

Maese.—Me dijeron que deseabais saludarme y aquí estoy para recibir vuestros respetos. ¡Pronto, saludad!

(Las cuatro, espantadas, pero sonriendo para no enojarle, hacen una gran reverencia.)

Doña Virtudes.—Buenas noches, señor.

Maese.—El Gran Rebelde se ha indignado porque tuvo menguada corte en la última misa negra, y quiere que el sábado próximo haya festín de íncubos. A buscaros vengo, nobles damas.

(Las cuatro se cogen unas a otras y van acercándose disimuladamente a la puerta.)

Dorotea.—*(Suplicando.)*—Bartolomeo...

Maese.—*(Imponiendo silencio a Dorotea con un ademán.)*—¿Cuento contigo, doña Virtudes?

Doña Virtudes.—No..., no...

Maese.—¿Contigo, sí, doña Caridad?

Doña Caridad.—*(Haciendo la cruz con los dedos.)*—¡Huye, Satán!... ¡Huye, Satán!...

MAESE.—Será la fiesta espléndida, y a todo el que le reverencie concedidos han de serle cien años de vida mortal en juventud y en placeres. ¿Bajo a buscaros, no es verdad? *(Baja Maese.)*

DOÑA CARIDAD.—¡Huye, Satán!... ¡Huye, Satán!...

MAESE.—¡Marchaos de una vez con vuestro espanto, almas apocadas, que en la juventud no habéis sabido ser del mundo y en la vejez ni siquiera aprendisteis todavía a ser de Dios!... Marchaos, sí, que nadie quiere lo que no es de uno por completo.—*(Cogiendo la varita que antes dejó Dorotea.)*—¡Marchaos!

(Mutis las cuatro, dando chillidos.)

ESCENA VIII

DOROTEA, FILOMENA, PATRICIA y MAESE BARTOLOMEO.

DOROTEA.—Bartolomeo, ¿para qué has gastado esa broma? ¿No comprendes que ahora irán diciendo que han visto al diablo?

MAESE.—*(Sonriendo.)*—Ya lo dicen sin verlo... Pero es algo más que broma: es mi defensa, mi legítima defensa. ¿No las oíste, como yo, acusarme de un robo?

DOROTEA.—Negándolo.

MAESE.—Negándolo..., pero diciéndolo. De que me supongan emisario de Luzbel me tranquiliza muy sobradamente mi conciencia; pero de achacarme un delito, lo que me intranquiliza es la Justicia y los Jueces. No, no..., prefiero las bromas con el demonio, que son menos peligrosas. Al infierno no ha ido ningún hombre honrado...; ¡y a la cárcel, sí! Por equivocación..., pero han ido.

DOROTEA.—Puede que tengas algo de razón...

MAESE.—Dejemos ya eso, que es pueril en mí..., y a ellas las basta con el susto.

PATRICIA.—¡Bueno lo llevan!

FILOMENA.—¡Y muy merecido!

MAESE.—Un poco. Pero ya las olvidé. No quiero que ningún recuerdo malo enturbie mi gozo al verme de nuevo en mi casa y hallar las amiguitas de siempre, tan afectuosas y tan guapas. ¿Os lo dirán, verdad?

PATRICIA.—No falta quien exagere...

FILOMENA.—Lo importante es que usted haya vuelto.

MAESE.—Muchas gracias..., y mañana me las daréis vosotras, que al ir a saludar a vuestros padres os llevaré unos recuerditos. Para ti, Filomena, he mercado unas pañoletas.

FILOMENA.—Serán preciosas.

MAESE.—Tú juzgarás..., y para ti, Patricia, te he comprado un collar.

PATRICIA.—¿De perlas?

MAESE.—*(Muy dulcemente.)*—De perlas, no. Eso sería comprarte a ti... De azabaches muy lindos.

PATRICIA.—Lo agradezco igual.

FILOMENA.—Pues hasta mañana.

DOROTEA.—Abrigaos mucho, que estos poquitos de casa a casa son muy traidores...

MAESE.—Bien hallada, Filomena. Bien hallada, Patricia. Y que la Nochebuena de Dios nos traiga paz. Parecerá que pido muy poco..., ¡pero pido enormemente! ¡Lo pido todo de una vez! Preguntad a los que han vivido mucho, a los que sufren sin tregua, a los que aman sin esperanza... Preguntad a los reyes, preguntad a los pueblos... ¡¡Lo primero que dirán: paz, Señor, paz!!... Bien halladas, Filomena y Patricia. *(Y las despide con un ademán que casi es una bendición.)*

PATRICIA.—*(Muy arrebujada ya en su abrigo.)*—Bien venido, Maese Bartolomeo...

FILOMENA.—*(También arrebujada.)*—Bien venido...

PATRICIA.—*(A media voz, a Dorotea.)*—Antes

habló como demonio y ahora habla como ángel. ¿Qué es, de veras, ángel o demonio?

MAESE.—*(Que marchaba a sentarse, y ha oído, volviéndose.)*—Las dos cosas a la vez, puesto que soy hombre. Y en mi vida, como en la de todos, hay momentos infernales y momentos angélicos, que siempre es cuestión de momento y de casualidad que el hombre esté cerca del infierno..., o del cielo...

PATRICIA.—*(A media voz.)*—Da miedo oírle...

DOROTEA.—Cuando no da una confianza enorme, sí, da un poco de miedo el escucharle.—*(Empujándolas.)*—Buenas noches, buenas noches.

PATRICIA.—Buenas noches.

FILOMENA.—Buenas noches.

(Mutis por derecha las dos.)

ESCENA IX

DOROTEA y MAESE BARTOLOMEO.

DOROTEA.—¿Vienes cansado?

MAESE.—*(Que se ha sentado.)*—Nada.

DOROTEA.—¿Y la salud, magnífica?

MAESE.—Magnífica. Dispuesto a devorar como un ogro y a dormir luego como una marmota.

DOROTEA.—¿Y el negocio?

MAESE.—Soberbio también. El país mejora visiblemente.

DOROTEA.—¿Sí?

MAESE.—Sí. Este año hay más dinero y más tontos que el año pasado.

DOROTEA.—¿Y eso es bueno?...

MAESE.—Ya lo creo. ¡¡Oh, papanatas, benditos seais, y vuestro padre que está en el Limbo os aumente sin cesar!!

DOROTEA.—No sé para qué...

MAESE.—Para todo. ¿Qué sería de la mayor parte de los pintores si no hubiera a quien le gustaran los marcos? ¿Qué sería de los literatos sin los aficionados a la encuadernación y a llenar los estantes? Si no compraran más que aquellos que leen, quebraba la literatura.

DOROTEA.—¿Para qué hablas así, Bartolomeo? Tú no tienes más defecto que la pícara lengua.

MAESE.—Razón de más para conservarlo. Sin esa tara llegaría a la perfección..., y yo de ningún modo aspiro a ser perfecto, para no resultarles inaguantable a mis contemporáneos.

DOROTEA.—Pues habla lo que te dé la gana.—*(Yendo a mirar los muñecos que Maese dejó sobre una mesa.)*—¡Qué destrozados vienen! Habrá que encargar alguno nuevo.

MAESE.—No. Recóselos y arréglalos.

DOROTEA.—Por un puñado de pesetas no vale la pena del trabajo que darán.

MAESE.—Es cierto...; pero si no conserváramos más que lo que realmente lo merece..., ¡cuántas cosas, cuántas ideas y cuántas personas no tendríamos que tirar con ellas! Bah, bah, consérvalos.

DOROTEA.—Mucho apego les tienes.

MAESE.—Treinta años recorriendo juntos los caminos. ¿Ya es algo, eh?—*(Cogiendo un muñeco.)*—Hemos sido buenos camaradas, ¿verdad, amigo Pasamontes? Por tu boca llevo dicho muchas picardías, muchas verdades..., ¡y más de una pena que me roía el corazón la has dicho tú porque no era posible que la dijera yo! Tú eres en mis manos un muñeco...; pero también yo lo soy en manos de la Vida, que me zarandea a su capricho, como yo a ti... ¡Y siendo tan iguales, ahora pretenden que te arrincone, por la sola razón de que estás viejo! No, no. ¡Pienso ya en la vejez mía, y defendiéndote a ti empiezo a defenderme también yo!

DOROTEA.—*(Quitándole el muñeco.)*—¡Tú te vas a chiflar, Bartolomeo! ¿A quién se le ocurre ponerse de conversación con un muñeco.—*(Burlándose.)*—Mándale que conteste.

MAESE.—Ahora no contestaría, no. Hay mucha

luz aquí..., y hay mucha gente, aunque estés tú sola, para que pueda ser realidad ningún sueño.

DOROTEA.—*(Burlándose.)*—¿A obscuras, sí?

MAESE.—A obscuras, sí. Y en la soledad, sí.

DOROTEA.—¡Vaya, vaya! No sospechaba yo que eras tan crédulo.

(Y se marcha a colocar muñecos en las perchas.)

MAESE.—Caminando por el mundo... ¿quién no lo será? Viendo los palacios, los acueductos, las ciudades..., hay que creer en el Hombre; viendo los árboles, y los ríos, y el mar..., hay que creer en la Naturaleza; viendo la devoción..., hay que creer en la Fe; y viendo el firmamento, tan enorme, con tantos soles y tantas estrellas, no hay manera de creer que se hizo él solo, y por fuerza hay que creer que lo hizo Alguno.

DOROTEA.—Eso, claro.

MAESE.—Y además estoy plenamente convencido de que nunca han hecho nada útil los que dudan, y cuanto grande hay por el mundo, desde la poesía hasta la ciencia y desde las máquinas hasta la religión, lo han hecho ahora y siempre los hombres que han creído.

DOROTEA.—Eso debía ser..., pero ya cuentan d

sabios muy sabihondos que no creen en nada, y todo se lo hacen ellos solos.

Maese.—Esos aun son más crédulos que los otros, porque se necesita mucha soberbia y mucha candidez para no creer en nada..., y creer en uno mismo.

Dorotea.—Puede que sean pavos en rifa, puede. *(Coge un muñeco.)*

Maese.—Con cuidado, Dorotea...

Dorotea.—*(Sacudiéndola.)*—No se vaya a lastimar la pobrecita María Deseada...

Maese.—Eso es, porque no se vaya a lastimar.

Dorotea.—No vuelvas a las simplezas. ¿Vas a decirme formalmente que estás enamorado de una muñeca?

Maese.—No sería el primero. Hay muchos hombres enamorados de muñecas.

Dorotea.—De carne al menos. Y la suerte es que tampoco te la dan de ese modo, que si ésta respirara y viviera...

Maese.—*(Con angustia.)*—¡¡Calla!!...

Dorotea.—¿Por qué?

Maese.—Has ido a herirme en lo más doloroso. Soy feliz en todo, y la única amargura, la única, es la de que estos muñecos—*(Coge un puñado de ellos)*—que han vivido mi vida, que son cosa mía, y a quienes tantas veces hice hablar por mi boca, no me

respondan ni una vez siquiera por la suya, aunque no fuera más que para decirnos adiós y separarnos como buenos amigos que han terminado juntos la jornada. ¡Sois bien ingratos..., demasiado para no ser hombres de veras! *(Tira con ellos.)*

DOROTEA.—¿Pero no comprendes que pides un disparate?

MAESE.—Sí lo comprendo, ¡¡pero el hombre que no pide nunca un disparate, ni ha hecho nunca una locura por una idea, por un sentimiento o por una mujer, me parece que no ha llegado de veras a ser hombre todavía!!

DOROTEA.—Casi prefiero tu conversación con éstos. Desatinas menos.

MAESE.—Pues ahí los tienes. Fueron—todo lo que se puede ser por la tierra—emperadores, obispos, generales, poetas, hacendistas, ladrones...

DOROTEA.—Hombre, ladrones...

MAESE.—Es una fórmula abreviada para llegar más pronto a ser hacendista..., y ahí los tienes, que ninguno es nada ya.

DOROTEA.—Podías no haberlos tirado... *(Recoge y concluye de colocarlos.)*

MAESE.—Dispensa. Fué una venganza de burgués. Como habían sido algo, encontré agradable el verlos caídos...

DOROTEA.—Poco te molestaban en pie.

MAESE.—Ese no es argumento en contra. Bien poco nos molesta una estrella, ¿verdad? Bueno, pues si cayera una estrella, muchísimos gusanos se alegrarían. Así somos de mezquinos. Y la ofensa más grande que se le infiere a la Divinidad es la de sostener que estamos hechos a su imagen y semejanza. ¡Qué hemos de estar! Para un hombre que se parezca a un ángel hay mil hombres que se parecen a los sapos.

DOROTEA.—En cambio, éstos son todos buenos y dóciles.

MAESE.—¡Pobrecitos! Vuelven destrozados de su campaña. ¡Se les acabó el traje!... En ellos, como si dijéramos que se les acabó la vida.

DOROTEA.—Tú les darás otra y a tu capricho. Con un par de metros de tela, el buhonero de antes puede que ahora sea un señor magistrado; Juan de las Viñas puede que se convierta en un señor abad; el usurero, tal vez sea un bandido...

MAESE.—Y lo es. A ése no le has cambiado la profesión.

DOROTEA.—En fin..., ¡sabe Dios lo que serán!

MAESE.—Pues yo te lo diré ahora mismo. Cada uno será como sea el traje que le pongamos, que en eso los muñecos de trapo y los seres de carne y hue-

so no se diferencian absolutamente nada. Y muñecos y personas no piensan cómo se han de vestir, sino al contrario, miran cómo van vestidos y así se ponen a pensar después. Y del mismo modo que hay muchas cosas malas que el militar se guarda de hacer por respeto al uniforme que lleva, así también en cuanto alguno se pone la librea empieza a pensar ya como un lacayo.

DOROTEA.—De poco nos pagamos entonces.

MAESE.—De tan poco, que muchos varían de ideas y hasta de conciencia solamente con variar de traje... ¡¡Y otros muchos son tan desdichados que en alta voz no se atreven nunca a cambiar de ideas, porque ya saben que no podrán jamás cambiar de ropa!!

DOROTEA.—Es triste eso...

MAESE.—Muy triste...

DOROTEA.—Si lo sabes y los quieres, a éstos hazles trajes de lujo y de oropel.

MAESE.—Se los haré. ¿Acabaste? Pues apaga. *(Dirigiéndose a ellos.)* Buenas noches, muñecos míos. Si mi voluntad valiera tendríais alma y vida..., pero como no vale, habréis de quedaros en muñecos. ¡Dispensadme!...

DOROTEA.—Anda, anda. ¿Apago?

MAESE.—Apaga.

(Queda la escena a obscuras, rebrillan más la luz del candil y el farol del retablo, y la chimenea hace más rojos los muñecos.)

DOROTEA.—*(Coge a Maese del brazo y lo detiene frente a la vidriera.)*—Sigue la nieve, Bartolomeo. ¿Qué hermosa es, verdad?

MAESE.—¡Mucho! Hoy me cogió en el viaje... El caballo resbalaba, y de su cuerpo salía el sudor en humo; el criado, sosteniéndolo por las riendas, lo apaleaba brutalmente y maldecía; yo, compadecido del hombre y de la bestia, empujaba el carro también..., ¡nos reventábamos todos! Pero ya estoy bajo techado y con un buen fuego... ¡¡La nieve es muy hermosa, Dorotea!! Algunos hombres quedarán por ahí fuera todavía..., porque su casa esté más lejos..., o porque no tengan casa...

DOROTEA.—Vamos a cenar.

MAESE.—Ellos verán cómo se las componen. Nosotros..., ¡nosotros, a cenar!

DOROTEA.—La muchacha ha querido lucirse, festejando tu llegada, y hay una cena..., ¡un festín!; verás, verás...

MAESE.—¡Bravo!

DOROTEA.—Para entonar, empezaremos por una tacita de vino caliente.

Maese.—¡Bravo otra vez! Buena casa, buena mesa, buen vino y buen fuego en el hogar. ¡¡Así..., así la nieve es muy hermosa, Dorotea!! ¡¡Cae, nieve, cae!! A ésta y a mí ya no nos importa. ¡¡Para nosotros, como si no le importara al mundo entero!! ¡Vamos!

Dorotea.—Eres muy bueno, Maese, pero te preocupas demasiado de las desdichas ajenas.

Maese.—¿Demasiado?

Dorotea.—Bien está que se remedien las posibles..., pero las imposibles es más discreto no pensar en ellas. Hay que ser un poco egoísta para no atormentarnos inútilmente... *(Maese ríe.)* ¿De qué te ríes?

Maese.—De la coincidencia. De que tú, que eres una santa mujer, me des el mismo consejo egoísta que Belial.

Dorotea.—¿Belial?

Maese.—Y cuando ángeles y demonios coinciden en la misma opinión, debemos estar equivocados los hombres de buena fe, los que deseamos el bien de todos y creemos posible todo, ¡¡todo!!, lo natural y lo sobrenatural, únicamente con que se digne concederlo quien puede más que nosotros.

Dorotea.—Pero no se digna.

Maese.—A veces.

DOROTEA.—Nunca.

MAESE.—¡¡A veces!! *(Una pausa, escuchando.)* ¡¡Dorotea...!! ¡¡Dorotea!!

DOROTEA.—¿Qué te pasa?

MAESE.—¿No oyes algo extraño?

DOROTEA.—No..., nada.

MAESE.—Yo sí. ¡Enciende! ¡¡Enciende!!

DOROTEA.—Pero Bartolomeo...

MAESE.—¡¡Luz, Dorotea, luz!!

(Dorotea enciende una pajuela en el farolillo o en el hogar y con ella el velón.)

DOROTEA.—*(Después de encender.)* —Luz... y nada.

MAESE.—*(Mira con espanto: luego sonríe.)*—¡¡Nada!!... Es verdad, nada.

DOROTEA.—¿Te convences de que son tus nervios?

MAESE.—Sí... *(Con tristeza.)* Apaga..., que la luz de fuera no ilumina las cosas de dentro.

DOROTEA.—*(Apaga.)*—Lo que te hace falta es un buen descanso para tranquilizarte... Anda, ven, ven...

(Mutis por izquierda.)

MAESE.—Seguramente lo necesito, porque llevo unos meses de vida muy agitada..., y sólo con un gran reposo desaparecerán estas alucinaciones...

(Maese, que caminaba lento y encorvado, se alza súbito.) ¿Alucinaciones? ¡¡No!! *(A media voz, como si aun estuviese Dorotea a su lado.)* ¡¡Luz, Dorotea, luz, que siento ya el soplo de las almas que van en busca de sus cuerpos...!!

ESCENA X

MAESE. *Del armario se descuelgan los muñecos ellos mismos y avanzan* MARÍA DESEADA, PRECIOSA, PASAMONTES, *el* POETA DONILO, *el* DOCTOR SABIO, *el* VIRREY, *el* CHAMBELÁN *y el* SUMILLER, *con las mejillas, los ojos y los labios fuertemente pintados.*

PRECIOSA.—*(Soltándose de la mano de Pasamontes.)*—Gracias, Pasamontes.

PASAMONTES.—La mejor pareja, tú y yo, Preciosa.

MAESE.—¡¡Dios lo ha permitido!! ¡¡Y son mi hechura, son míos!! ¡¡Pensarán como yo piense, amarán lo que yo ame y vivirán lo que yo viva...!!

DESEADA.—Agradecidísima. Baila usted tan bien como cura, Doctor.

DOCTOR.—Con esa forma de elogio me quedo en la duda de si bailo bien o mal.

DESEADA.—Para convencerle mejor aún le avisaré cuando esté enferma.

DOCTOR.—Al revés, señora: cuando esté usted sana. Será muchísimo más amable.

DESEADA.—Formalidad, Doctor...

DONILO.—Deseada..., bellísima señora,
tras del hechizo de tus ojos voy.
El corazón amante nació ahora,
y como un niño, por lo dócil, soy.
En mi afán de rendiros homenaje...
para llevar, no más, que vuestro traje
en mi mano..., señora encantadora...,
¿me queréis aceptar por vuestro paje?

DESEADA.—Señor poeta, su mano merece bien la mía.

MAESE.—*(Triste.)*—¿Y no vienen a mí...? ¿Ninguno se apresura a decirme una palabra de gratitud...? *(Sonriendo.)* ¡Qué injusto soy! Es que ellos no lo saben..., ¡claro!, no lo saben todavía. *(Yendo a ellos.)* Deseada... María Deseada... ¡¡Bendigo la hora en que viniste al mundo!!

DESEADA.—*(Un poco sorprendida.)*—Muchas gracias...

MAESE.—Preciosa..., ¿verdad que es dulcísimo el respirar?

PRECIOSA.—¿El respirar? Sí, ya lo creo...

MAESE.—¿Tú no esperabas la vida, eh, Pasamontes?

PASAMONTES.—Me parece que tampoco ella me

esperaba a mí. Yo he sido una sorpresa para todos, incluso en mi casa...

MAESE.—Pero es muy hermosa la vida. ¿Verdad, señor Poeta? Aunque tú no la puedes apreciar todavía.

DONILO.—¿Todavía?

MAESE.—Comprendo vuestro asombro...; ¡¡pero ya veréis qué delicia tan enorme es el vivir!! *(Alejándose.)* ¡¡Ya lo veréis!!

DESEADA.—¿Quién es el señor este tan expresivo?

PRECIOSA.—No lo conozco ni de vista.

DOCTOR.—Ni yo tampoco.

DONILO.—Ni yo.

DESEADA.—¿Ni usted, señor Virrey?

VIRREY.—¿Y vosotros?

CHAMBELÁN y SUMILLER.—No...

PASAMONTES.—¿No lo conoce nadie? Entonces puede que sea el dueño de la casa.

DOCTOR.—Probablemente. ¿Seguimos para la nueva figura?

DESEADA.—Sigamos.

(Se cogen de la mano por parejas, menos Pasamontes, y marcando el paso de pavana, mutis todos por derecha, mirando un poco burlonamente a Maese y saliendo muy lentos. Música lejana.)

MAESE.—¡Ya se realizó mi gran deseo! ¡Ya viven! Y ahora van ellos a devolverme todo el amor que yo les dí. Soy un hombre, nada más que un mísero hombre, pero en este momento me creo algo muy grande..., un elegido..., un creador... ¡¡Qué feliz soy, qué feliz!!

TELON

ACTO TERCERO

El Palacio del VIRREY. Es de día. La decoración está formada por tapices que, al levantarlos en un oscuro, dejarán libre y completa la decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

El CHAMBELÁN; por derecha el SUMILLER.

SUMILLER.—¿Me llamaba usted, señor Chambelán?

CHAMBELÁN.—Quería enterarme de si cumplieron las órdenes de su alteza.

SUMILLER.—¡Naturalmente! Y se abrieron ya estas salitas por si acaso, aunque el día está magnífico y la gente se agolpará en los jardines.

CHAMBELÁN.—Es lo seguro, pero nosotros no perdemos nada obedeciendo.

ESCENA II

DICHOS. PASAMONTES, por izquierda.

SUMILLER.—*(Aparte.)*—¿No estaba en la cárcel?

CHAMBELÁN.—Habrá probado la coartada una vez más.

PASAMONTES.—Hola, señores...

CHAMBELÁN.—¡Gran Pasamontes! ¿Usted en Palacio?

PASAMONTES.—Hoy no me pude negar, por habérmelo rogado el nuevo médico de cámara, mi ilustre paisano y amigo el Doctor Sabio.

CHAMBELÁN.—¿De dónde es usted, que me interesa el dato?

PASAMONTES.—Yo no sé de donde soy.

CHAMBELÁN.—¿Y el Doctor?

PASAMONTES.—Del mismo pueblo.

CHAMBELÁN.—No es precisar mucho...

PASAMONTES.—Es que los dos lo ignoramos, los dos somos del país de lo desconocido... y de ahí viene el ser paisanos.

SUMILLER.—Venga de donde viniere, lo indudable es la gran suerte de ese Doctor.

PASAMONTES.—Y el gran mérito. Su nombramiento partió espontáneamente del propio Virrey, que le está agradecidísimo.

SUMILLER.—¿Le curó de algo?

PASAMONTES.—Sí... de su primer Ministro. Era inaguantable de carácter, pero no se atrevían a destituírle por miedo a su enorme popularidad. Enfermó, fué mi ilustre paisano a visitarle... y el Ministro murió, indudablemente porque le llegara su hora.

CHAMBELÁN.—Eso indudablemente.

PASAMONTES.—El Virrey le hizo unos funerales solemnísimos al Ministro... y le tomó afecto al Doctor.

CHAMBELÁN.—Se explica.

PASAMONTES.—Y yo sospecho que le ha nombrado médico oficial con la secreta esperanza de resolver así en lo futuro las cuestiones políticas. En vez de una crisis, una consulta.

CHAMBELÁN.—¡Qué procedimiento tan sencillo!

PASAMONTES.—Sencillísimo y práctico. Pero esto ya es historia antigua; vamos a la contemporánea. Disponga usted que abran la puerta de la callejuela.

CHAMBELÁN.—¿Y eso?

PASAMONTES.—Orden del Virrey... y mía.

CHAMBELÁN.—Bien..., aunque por allí no irá nadie.

PASAMONTES.—Es muy posible..., pero los sitios por donde no va nadie, a veces son muy codiciados por alguno.

CHAMBELÁN.—Eso sí.

PASAMONTES.—Pues ande, y ponga un ujier de confianza.

CHAMBELÁN.—Ahora mismo.

(Mutis por derecha.)

PASAMONTES.—Y usted, hágame el obsequio de pedir un coche sin escudo y un cochero sin librea.

SUMILLER.—¿Para qué?

PASAMONTES.—Orden mía... y del Virrey.

SUMILLER.—¡Ah...! *(Con malicia.)* Barrunto aventura...

PASAMONTES.—Barrunte... y ande, Sumiller, ande.

SUMILLER.—Pues voy. *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA III

PASAMONTES, el DOCTOR, por derecha.

PASAMONTES.—¡Queridísimo Doctor...! Mi enhorabuena.

DOCTOR.—La acepto muy gustoso, aunque realmente no sea más que la confirmación oficial de un puesto que ya tenía.

PASAMONTES.—¿Y nuestro simpático amigo, el gran chiflado de Don Maese?

DOCTOR.—Está muy bien..., pero lo que no está muy bien es tu manera de preguntar por él.

PASAMONTES.—Yo le respeto como a nadie, pero eso no quita para reconocer que tiene un tornillo flojo. Los demás, seguros y admirables, pero en este de la transformación o de las vidas nuevas que ha colocado en nosotros por arte de birlibirloque, no da idea de juicio muy cabal.

Doctor.—Es verdad, pero no cuesta nada seguirle un poco en su manía.

Pasamontes.—Para usted, con fortuna, con honores y con fama, nada; para el Virrey, dueño de un pueblo y de una corona, nada. Pero a otros, aunque sea en broma o por manía, se nos hace duro de tragar el agradecimiento... y está muy justificado el que nos burlemos.

Doctor.—Cuando se habla de ello un poco en serio, ahí es en donde más se le censura. Ya de formar personas, formarlas todas honradas y decentes.

Pasamontes.—Eso ya reconoce él mismo la dificultad. El que quiso hacer pícaro, salió pícaro; el que quiso que fuera sabio, salió sabio; pero el que quiso hacer bueno le salió tonto.

Doctor.—No estuvo muy hábil con ese... y tampoco se lució extraordinariamente con las mujeres que supone haber creado. Cierto que las dos son muy guapas, ¡¡pero esa que llaman la Preciosa lleva una vida!!

Pasamontes.—Esa es un escándalo, sí; pero es un escándalo de precio fijo.

Doctor.—Menos mal siquiera. En cambio de la otra, de la María Deseada, no hay cosa mala que decir.

PASAMONTES.—Lo que a veces también es desagradable.

DOCTOR.—¡¡Hombre!!

PASAMONTES.—Pero, en fin, cada cual es como es, y lo inverosímil de Don Maese no está en el cuento tártaro de habernos dado la vida, sino en la jactancia, en el orgullo pueril con que se adjudica un título de gloria por haber creado tanta miseria, tanto vicio y tantísima podredumbre como hay entre nosotros.

DOCTOR.—Dilo por ti, que yo no me creo retratado en esa pintura.

PASAMONTES.—Ni yo tampoco. Cuando se habla mal y generalizando, no cabe duda que es por otros... y el figurárselo así, quizás no sea muy exacto, pero siempre es un alivio.

DOCTOR.—Evidente.

ESCENA IV

DICHOS. MAESE, por foro.

PASAMONTES.—*(Yendo a él y abrazándole.)*—¡Hola, gran Don Maese!

MAESE.—*(Fino, pero sin corresponder a sus extremos.)*—Hola, Pasamontes.

DOCTOR.—Estuve en su casa para ofrecerme.

MAESE.—He pasado unos días en el campo.

PASAMONTES.—¿Unos días escondido? ¡Hornada tenemos!

MAESE.—¿Hornada de qué?

PASAMONTES.—De lo suyo habitual. Hombres, mujeres, muñecos, transformaciones, un poco de candidez, otro poco de fantasía, y ya está aumentada la Humanidad.

DOCTOR.—*(Severo.)*—¡Pasamontes!

MAESE.—Déjale que se burle... déjale. Es verdad que de vosotros aguardaba amor y gratitud, pero lo aguardé brevísimo tiempo, y ahora ya estoy acostumbrado a las burlas y a los desprecios. No digo que no me duelan, no...; digo solamente que ya no me extrañan.

PASAMONTES.—No te enfades conmigo, Don Maese. Hoy tengo buen humor y deseo complacer a todos. ¿Quieres que te crea? Pues te creo. ¿Quieres que te alabe? Pues alabado seas.

MAESE.—¿Te sirvo de broma? Continúa...

ESCENA V

DICHOS. CHAMBELÁN, por derecha.

CHAMBELÁN.—Pasamontes... Avisan que una dama pregunta por ti.

PASAMONTES.—Es una dama. Voy a mostrarme

galán. *(Haciendo una reverencia burlona.)* ¿Das permiso, magnánimo creador de mi persona?

MAESE.—Ve, sí; pero muéstrate como eres: ingrato y vil y despreciable.

PASAMONTES.—Desvarías, Don Maese. Ni te debo nada—porque mi vida, igual que la de todos, se ha formado por la casualidad de una mujer y un hombre que se juntaron al capricho fugaz de una simpatía—ni yo soy un vil y un despreciable. Lo que soy es un olvidado.

DOCTOR.—¿Un olvidado?

PASAMONTES.—Eso. Al enviar las criaturas al mundo, alguien debe ponerles una nota diciendo: "Ahí va Fulanito..., que será hijo de don Fulano, vivirá tanto, heredará tanto y llegará a ser esto y lo otro..." Pero con algunos se les olvida poner la nota—o se les cae por el camino—, y se encuentran de pronto en la tierra sin ser hijos de nadie, sin aprender ni heredar de nadie y sin llegar nunca a ser ni esto ni lo otro... ¡¡Los olvidaron allá arriba, nadie tiene por qué recordarlos aquí abajo y hasta puede ser que por indocumentados les pongan dificultades después en el infierno!!

MAESE.—*(Severo.)*—¡¡Pasamontes!!

PASAMONTES.—Pasamontes es uno de ellos... A su

disposición, respetabilísimos señores. *(Gran reverencia en serio y mutis por derecha.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos PASAMONTES.

CHAMBELÁN.—Realmente no le correspondió un gran lote en el reparto de la vida.

DOCTOR.—Y usted, querido Don Maese, permítame una reflexión. No hace usted bien depositando a todas horas y en cualquier oído el misterio de esas transformaciones, porque muchos no tienen cultura bastante para comprender la relación espiritual de una persona con otra por las enseñanzas, las bondades, los consejos..., y en vez de eso le dan un sentido material y grotesco, como si a la voz de usted se hubieran formado nuestros huesos y la piel y la carne...

MAESE.—Y eso es.

DOCTOR.—¡ No !

MAESE.—Sí. ¡ Te juro que sí ! ¡ ¡ Palabra de honor que sí ! !

DOCTOR.—Bueno, bueno...

MAESE.—Las burlas me indignan; pero aun es más horrible que ninguno me crea.

DOCTOR.—Yo le creo, Don Maese. Y el Chambelán, también.

CHAMBELÁN.—También, sí, con mucho gusto.

MAESE.—Me dais la razón como a un loco, para no excitarme... ¡¡Es horrible!!

ESCENA VII

DICHOS. LA PRECIOSA y PASAMONTES, por derecha.

CHAMBELÁN.—*(Yendo a saludarla muy afectuoso.)*—Preciosa...

PASAMONTES.—*(Disculpándose con Maese.)*—No sé quién le proporcionó la invitación—cosa no muy difícil con las muchas relaciones de esta chiquilla—, y quiere que usted sea su valedor.

PRECIOSA.—¿Verdad que sí, Don Maese?

MAESE.—Habrá que presentarla al Virrey.

PASAMONTES.—Media presentación... Que conozca en público a quien ya conoce en privado.

MAESE.—¡Ah!...

PRECIOSA.—Ah, sí señor.

MAESE.—Bueno..., hablaré por vosotros.

PASAMONTES.—Por mí, no, que somos amigos y está llamándome continuamente. Unas veces me cita para sus correrías por un emisario... y otras veces me cita por la *Gaceta*.

MAESE.—Cuidado con esas.

PASAMONTES.—Ninguno. Hay edictos para que me

prendan, pero hay indicaciones para que no me encuentren.

MAESE.—Bien entonces..., y tú procura no dar motivos de queja.

PRECIOSA.—Descuide usted, que ya vengo muy prevenida y sé cómo he de portarme. No conocer a ningún hombre; hacer que no veo a ninguna mujer; ir muy seria; pasear un poquito; sentarme otro poquito; cruzar las manos... y no cruzar las piernas.

CHAMBELÁN.—¡Caramba!

PRECIOSA.—Por lo visto eso no lo pueden hacer más que las señoras.

CHAMBELÁN.—Admirable. El protocolo va a quedar encantado.

ESCENA VIII

DICHOS. El VIRREY y el BARÓN, por foro.

(Reverencias.)

VIRREY.—Maese... ¿con quién ha venido esa muchacha?

MAESE.—Con Pasamontes y por su gran ilusión de conocer personalmente a Vuestra Señoría.

VIRREY.—¿No me conoce?

MAESE.—Eso dice.

VIRREY.—Yo tampoco a ella. Pero es simpática...

MAESE.—Mucho.

VIRREY.—Y parece amable...

MAESE.—Mucho..., mucho más de lo que parece. Tan amable, tan propicia siempre a no causar penas y a mitigar las que otras causen, que resulta una mujer beneficiosa para el pueblo en que vive.

VIRREY.—¿Tanto, Maese?

MAESE.—Tanto, que por Real orden se la debía declarar de utilidad pública.

VIRREY.—Se lo indicaré al Gobierno. Llámala.

MAESE.—Preciosa, el señor Virrey te autoriza para besar su mano.

PRECIOSA.—Bueno.

VIRREY.—Accedo con mucho gusto a que dé usted una vuelta por el parque. El Chambelán la acompañará. Pasamontes...

CHAMBELÁN.—A su disposición, Preciosa.

PRECIOSA.—Cuando quieras, Teodoro.

CHAMBELÁN.—¡Chambelán! ¡¡Chambelán!! ¡¡¡Aquí nada más que Chambelán!!!

PRECIOSA.—Bueno, hombre. Cuando quieras, Chambelán.

(Mutis los dos por foro.)

VIRREY.—*(Aparte, a Pasamontes.)*—¿Para qué traes a esa mujer, cuando yo a quien deseo es a la otra?

PASAMONTES.—La Deseada viene con el poeta Donilo.

VIRREY.—¿Y ese no será obstáculo para nuestros planes?

PASAMONTES.—Ninguno. Le dije ya que os entusiasman sus versos y que le concederéis el honor de imprimirlos.

VIRREY.—¿Eso basta?

PASAMONTES.—Sobra. Para conseguir un gran honor, nadie repara en cometer una pequeña bajeza. Y no creo que el poeta nos falte a la regla general.

VIRREY.—Me fío de tu opinión. *(Viendo a los otros separados.)* ¿Pero ustedes no son amigos? Mi primer magistrado y juez de la ciudad, el Barón de Velar.

BARÓN.—Tanto placer, Maese.

VIRREY.—Y ya que te proporciono la amistad del hombre más leal... y más cándido que viste y calza por estos mundos, bueno será también que conozcas, aunque sólo sea de vista, al primer truhán del imperio. Acércate, Pasamontes.

BARÓN.—*(Espantado.)*—¡¡Pasamontes!!

PASAMONTES.—Ya le recuerdo del Tribunal y de la Audiencia.

VIRREY.—¿Tú vas por allí?

PASAMONTES.—No voy..., pero me llevan. Y es una

grandísima injusticia, conforme lo han reconocido siempre los señores magistrados.

VIRREY.—Grandísima. Vete ahora.

PASAMONTES.—Os agradezco la licencia. No me fué nunca simpático este señor... *(Mutis por foro.)*

BARÓN.—Por respeto a Vuestra presencia no adopté ninguna medida contra ese hombre; pero yo, ¡¡yo mismo!! he firmado los edictos mandándole detener. ¡Comprenderéis lo que sufro viéndole aquí!

MAESE.—Sin motivo. Ustedes no deben aborrecer a los criminales, porque sin ellos no habría jueces..., y no habiéndolos, ¡¡adiós Palacio de Justicia, en que usted vive regaladamente; adiós coche que paga el Estado y adiós sueldo!!

VIRREY.—Hay que meditar eso, querido Barón.

MAESE.—Y pensando en tantas ventajas, lo natural sería que ustedes rezaran diciendo: "Señor, para bien de la Humanidad, disminuya el número de criminales; pero no los suprimas por completo, Señor, para bien de la Magistratura!!"

VIRREY.—Medita, Barón, medita. Y no te incomodes con los criminales hasta resolver el problema de los jueces. Acompáñame, Maese.

(Mutis los tres por derecha.)

ESCENA IX

María Deseada y Donilo, por foro.

Donilo.—Aquí no tendremos importunos.

Deseada.—Cada día los aborrezco más.

Donilo.—Pues todos te rinden homenaje. Deseada te llamas y bien deseada eres.

Deseada.—Eso no da orgullo... ¡Al contrario! Ver el deseo en los ojos de quien nos ama es muy dulce y muy halagüeño; pero en los desconocidos afrenta, porque es como decirnos con la mirada insolente: "Mujer, me gustas... ¡¡Responde tú ahora mismo si te encaprichas o te vendes!!"

Donilo.—Hay que refugiarse en lo inmaterial.

Deseada.—Exclusivamente, no. Yo no quiero amar sólo con el alma y dejar el cuerpo como olvidado en un rincón..., ¡no! Soy materia y espíritu..., ¿verdad? Pues quien me gane, que me gane en cuerpo y alma.

Donilo.—Mucho es...

Deseada.—Mucho será; pero yo daré los dos cuando llegue mi hora, y mientras no daré ninguno.

Donilo.—Aguardas por el ser ideal, por otro Lohengrin...

Deseada.—Eso no. Hoy ya no se pretende que vengan los hombres cabalgando en un cisne; pero no

hay por qué desear tampoco que vengan sobre un sapo.

DONILO.—Es verdad...; pero no cabe más que uno de los dos extremos: soñar o materializarse. ¿Y quién acierta?

DESEADA.—Al final lo sabremos.

DONILO.—Ahí está lo desesperado. Al final, el poeta dice: "Que torpe fuí divinizándolo todo..." Y el prosaico dice: "Si no hay más que esto, bien poco hay por este mundo..."

DESEADA.—¿Y entonces?

DONILO.—Entonces... no lo sé. Pero aun en tal indecisión, creo sinceramente que llevan más ventaja los soñadores, los que nos forjamos un mundo aparte y en el que viven admirados siempre los paladines de la belleza, del amor y de la virtud.

DESEADA.—¡Hermoso mundo! ¿Es el de la poesía, verdad?

DONILO.—Verdad.

DESEADA.—¡Quién me diera el caminar por esos reinos!

DONILO.—Pues venid enhorabuena, que la recibiremos con albricias.

DESEADA.—*(Rápida.)*—¡¡No me deje usted sola ahora!!

ESCENA X

DICHOS. Por foro, PASAMONTES, *que se retira después de indicarle al* VIRREY *la presencia de la* DESEADA; el VIRREY y el DOCTOR.

VIRREY.—Aseguran todos que la fiesta resulta espléndida en los jardines; pero a mí parecíanme solitarios por no hallarla a usted, Deseada.

DOCTOR.—Se le notaba tanto la preocupación, que le indiqué la conveniencia de alejarse un momento del bullicio.

VIRREY.—Y obedeciéndole tuve la suerte de encontrarla a usted. ¡Es maravilloso el acierto de este Doctor! Siempre me receta lo más indicado para mis preocupaciones, y, en cambio, no me receta nunca medicinas. No sé por cuál de las dos cosas le estoy más obligado.

DOCTOR.—Es el afán de serviros.

DONILO.—¿Y quién no lo tendrá con un Príncipe tan excelso?

VIRREY.—Hola, señor Poeta.

DONILO.—Vuestro humilde servidor.

VIRREY.—He leído estos días una composición admirable, una más entre las muchas dignas del Parnaso.

DONILO.—Señor..., ¡¡me confundís!!

VIRREY.—Y a gusto las leería todas. Mándemelas.

DONILO.—¡Perdón! No están impresas.

VIRREY.—Eso no se puede consentir en nombre del Arte. Busque usted ahora mismo al intendente y pónganse de acuerdo para hacer una edición a todo lujo.

DONILO.—*(Deslumbrado.)*—¿A todo lujo? ¡¡Gracias, Señor!! ¡¡La literatura nacional está de gloria con vuestro virreinato!! *(Mutis por foro.)*

DOCTOR.—Le acompaño para guiarle... *(Mutis por foro.)*

DESEADA.—*(Aparte.)*—La Santa Poesía se deslumbró con un modestísimo negocio, y el paladín abandona a la dama, porque ha visto de lejos una vanidad satisfecha. ¿Serán así todos los paladines?...

ESCENA XI

MARÍA DESEADA y el VIRREY.

VIRREY.—*(Volviéndose a ella.)*—Bendita sea la casualidad que me proporciona este momento.

DESEADA.—Por mí no vale la pena de bendecirla; por vos no es para llamada casualidad.

VIRREY.—¿Le molesta a usted que busque la ocasión, después de un año de inútiles esfuerzos?

DESEADA.—¿Y para qué? Sería temeraria una ilu-

sión de mí..., que soy muy poco yo para Virreina.

VIRREY.—Porque razones políticas me lo vedan; pero si eso es imposible, desgraciadamente para mí, en cambio...

DESEADA. No más, Señor; no más. Para Virreina, poco; para cortejo, mucho.

VIRREY.—Soberbia es usted.

DESEADA.—Dispensádmelo; es porque no puedo ser ninguna otra cosa.

VIRREY.—¿A qué ese empeño en ser esquiva, Deseada?

DESEADA.—No lo sé... Desde que Vuestra Señoría empezó a marcarme su preferencia, yo misma me pregunto: ¿por qué no quieres tú a un hombre tan encumbrado y tan poderoso? Y no acierto con la respuesta. ¿Que muchas mujeres me envidiarán? Sí. ¿Que tendría un gran porvenir? Sí. ¿Que lo merecéis personalmente? Sí. ¿Y entonces por qué no le quieres? Pues por eso nada más, porque no le quiero.

VIRREY.—Concédame usted una entrevista...

DESEADA.—No.

VIRREY.—Para que pueda intentar el convencerla de mi gran afecto.

DESEADA.—No. Sería en vano todo.

VIRREY.—*(Secamente.)*—Bien. Pero no le extra-

ñe a usted que siga buscándola como pueda. Hasta la vista, Deseada.

DESEADA.—Hasta la vista, señor Virrey.

ESCENA XII

DICHOS. PASAMONTES, por foro.

VIRREY.—*(Aparte a Pasamontes.)*—Has oído, ¿verdad?

PASAMONTES.—Nada. Es mi única cualidad buena: no oír...

VIRREY.—¿Pero sospechas?

PASAMONTES.—Eso sí. Sospecho siempre y pronto. Es la mejor cualidad mala que tengo.

VIRREY.—Pues a ver de qué te sirve.

PASAMONTES.—Pido una hora de plazo.

VIRREY.—Concedida. *(Mutis por foro.)*

PASAMONTES.—*(Cuando el Virrey desaparece.)*—La fortuna pasa una vez cerca de nosotros, y es gran locura el no atraparla al vuelo.

ESCENA XIII

DESEADA, PASAMONTES; *el* ENAMORADO *aparece en la puerta izquierda y allí queda inmóvil.*

DESEADA.—¿Aunque haya motivos muy graves para no admitirla conforme viene?

PASAMONTES.—No sé de ningún motivo para hacerle ascos a la fortuna. Digo, sí, hay uno: la tontería.

DESEADA.—¿Sólo ese?

PASAMONTES.—Sólo.

DESEADA.—Pues no podemos comprendernos.

PASAMONTES.—Lo siento por ti. *(Mutis foro.)*

ESCENA XIV

MARÍA DESEADA y el ENAMORADO.

ENAMORADO.—Yo sé de una razón más para no admitir la fortuna y quedar gozoso todavía.

DESEADA.—¿Cuál es, buen caballero?

ENAMORADO.—El estar enamorado, bellísima señora.

DESEADA.—Razón parece, sí.

ENAMORADO.—Y aunque vengan entonces los honores, las amistades y las riquezas, el enamorado dice: "Perdonadme ahora, que no puedo yo pararme a recogeros, porque voy en busca de mi amada, que es mayor bien ella sola que todos vosotros juntos."

DESEADA.—Eso es amar.

ENAMORADO.—Y eso es vivir. Consagrarse a una persona con la seguridad absoluta de que también

ella es nuestra..., ¡¡y el resto del mundo, borrado y desaparecido!! No existe mundo fuera de ella.

DESEADA.—Ser dos... y no ser más que uno.

ENAMORADO.—Así es como vale únicamente. Si quisiera amor comprado, llevo unas doblas de oro y lo compraría; si quisiera amor caprichoso y fugaz, no era cosa tampoco de apurarse, que en la juventud abundan esas victorias.

DESEADA.—Ha de ser la predilecta nada más.

ENAMORADO.—Nada más. Y otorgándome igual predilección, que si me la dieran encadenada, para disponer yo de ella a mi antojo, les diría: "Volved a llevárosla, que así no quiero yo a una mujer."

DESEADA.—¿Ha de ir ella por su propio impulso?

ENAMORADO.—Ella.

DESEADA.—¿Ha de sentir el mismo afán?

ENAMORADO.—El mismo.

DESEADA.—¿Y cuando vayáis a buscarla, ella vendrá ya por vuestro camino?

ENAMORADO.—Si no viniera, a mitad del camino me volvería, que mi ansia no es nada si no despierta el ansia de ella, y sólo es amor el amor de dos.

DESEADA.—¡Qué orgullosa debe estar esa mujer viéndose tan adorada!

ENAMORADO.—No puede estarlo, porque a esa mujer no la encontré todavía.

DESEADA.—*(Yendo a él, fascinada.)*—¿Nunca?

ENAMORADO.—Nunca. Sigo buscándola siempre; pero ignoro si he de ir muy de prisa o muy despacio, porque tampoco sé yo mismo si ella marcha delante de mí o si es que yo la voy dejando atrás.

DESEADA.—¿Es un sueño todavía?

ENAMORADO.—Hasta que sea una mujer, sí. Ahora, nada; después, todo.

DESEADA.—Habréis visto ya muchísimas encantadoras.

ENAMORADO.—Muchísimas; pero ver muchas aun es menos que ver a una sola.

DESEADA.—¿Y cómo esperáis adivinarla? ¿Quién le va a decir, al pasar vos por su lado, que esa es la que buscáis?

ENAMORADO.—Ella misma.

DESEADA.—¡Qué disparate más enorme! No hay mujer ninguna en el mundo que la primera vez que ve a un hombre se atreva a decirle... *(Con pasión.)* "¡¡Párate, enamorado; párate y no busques más, que tu amor soy yo!!"

ENAMORADO.—Vos me lo decís ahora..., y es la primera vez que nos vemos.

DESEADA.—Yo no hablo por mí.

ENAMORADO.—Ni ella tampoco hablará por sí misma. El amor le pondrá las palabras en el corazón e

irán saliendo de su boca sin darse cuenta de que las dice y son de amor.

DESEADA.—Eso es pretender en demasía.

ENAMORADO.—Pues así ha de ocurrir para que yo reconozca a la predilecta. *(Marchando lentamente por delante de la Deseada.)* Sin haberme visto, aguardará por mí; sin conocerme, sabrá que soy yo, y cuando cruce por su lado, ella seguirá inmediatamente tras de mí...

DESEADA.—¡Qué locura!

ENAMORADO.—Vendrá.

DESEADA.—*(Yendo tras de él.)*—¡Qué ha de ir! ¡¡No existiendo ya entre ellos un lazo anterior que los una fuertemente, no hay mujer ninguna en el mundo que se vaya tras de un hombre!!

ENAMORADO.—La mía vendrá.

DESEADA.—¡Imposible!

ENAMORADO.—El amor los hace.

DESEADA.—*(Poniéndole la mano en el hombro.)*—Deliráis, buen caballero.

ENAMORADO.—*(Parándose y volviendo la cabeza para mirar a la Deseada con arrobamiento.)*—¿Y qué hay por la vida más hermoso que el delirar unidos hombre y mujer? Si lo hay, decídmelo por favor, gentilísima señora...

DESEADA.—*(Fascinada.)*—No sé, no sé...

ESCENA XV

DICHOS. MAESE BARTOLOMEO, por izquierda.

MAESE.—¡Deseada! ¡María Deseada!

(La Deseada se aparta, pero no avergongonzada, sino sorprendida de que en el mundo pudiera haber alguien más que ella y él...)

DESEADA.—Maese...

MAESE.—¿Quién es?

DESEADA.—Nadie..., un sueño...

ENAMORADO.—¿Qué es?

DESEADA.—Nada... Una realidad...

ENAMORADO.—Pues eso rompe esto... Que el cielo os guarde, bellísima señora. *(Se inclina y mutis lento por derecha.)*

DESEADA.—Que él os lleve, buen caballero...

ESCENA XVI

MARÍA DESEADA y MAESE BARTOLOMEO.

MAESE.—Estaba en paz mi espíritu, pero la galantería de un desconocido, a quien tú escuchabas con agrado, me desconcertó.

DESEADA.—*(Sonriendo.)*—Qué bobada

MAESE.—Lo es, sí... ¡Pero me desconcertó! Y hay que ir al fin de mis propósitos sin más tardanza ya. ¿Quieres oírme un momento?

DESEADA.—¡No he de querer! Siempre.

MAESE.—Bien sabes tú la burla cruel que todos hacen de mí.

DESEADA.—¡Yo no, Maese!

MAESE.—Tú eres la única, y por ti los perdono a todos. Pero aun disculpándolos, tengo el alma dolorida... y asqueada. No sé qué ocurre con las ingratitudes, que dan pena, es verdad; pero antes empiezan siempre por dar asco.

DESEADA.—¿Y Maese Bartolomeo, tan sabio, no sabía eso?

MAESE.—Ni lo sé aún ahora, que no hay sabiduría para los sentimientos. No sirven de nada los años ni la experiencia, que cada vez que se ama, se renace..., y el viejo más desengañado va como un niño candoroso diciéndose: "Todos los amores son falsos, ¡todos!; pero yo tuve la suerte loca de encontrar el único amor verdadero... ¡el único!

DESEADA.—Puede ser.

MAESE.—Ese *puede ser*... es el engaño perpetuo de los hombres.

DESEADA.—Mala cosa entonces.

MAESE.—Pero mala y todo, es la mejor de la tie-

rra. Y como en amor se tiene miedo al porvenir... ¡¡y se tiene odio al pasado!!, no hay nadie que no sueñe con el delirio de que la mujer amada haya nacido en el instante mismo en que uno la conoce, y en verla crecer de pronto para formarse mujer súbitamente. Y de ese modo, sin que ella tenga pasado, tenerla por entero en el presente y guardarla para lo futuro con mil ansias.

DESEADA.—Delirio es, Maese...

MAESE.—¡Pero yo lo he realizado! ¡Y al pedir la vida de todos no ambicionaba de veras más que la tuya.

DESEADA.—Y la mía ¿por qué? Ahora puedo ser algo distinto de los demás; pero antes, cuando no éramos todos sino muñecos..., ¿qué diferencia habría entre ellos y yo?

MAESE.—La de quererte.

DESEADA.—¿Sin existir aún?

MAESE.—Sin existir.

DESEADA.—¡¡Pero si entonces no era todavía más que cartón y trapos!!

MAESE.—¡Qué importa eso! El que adora a una mujer tal como ella es realmente, la adora muy poco. Hay que adorarlas viendo que tienen, cuando se las mira muy de cerca, los mismos encantos que las atribuímos cuando se piensa en ellas desde lejos.

Deseada.—Bien está... Pero si la imaginación bastaba al deseo de usted, ¿para qué darme la vida? ¿Para qué convertirme en mujer?

Maese.—Porque la muñeca no podría pagar nunca lo que la mujer paga en un momento... Y por muy dulce que sea el imaginarse las cosas, es más dulce todavía el realizarlas. Con esa esperanza te di la vida: dame ya tú la recompensa, Deseada. *(Cogiéndola.)*

Deseada.—¡¡Maese!!

Maese.—¿Te enojas?

Deseada.—No.

Maese.—¿Te sorprendes?

Deseada.—Sí. Jamás he sospechado que el cariño de usted escondiera un afán de hombre.

Maese.—¿Pero tú no me quieres? *(Asombrado.)*

Deseada.—De estimación, de respeto...

Maese.—¡No! ¡Así no! ¡¡De amor, de amor!!

Deseada.—*(Dulcemente.)*—De amor, no, Maese...

Maese.—¡También tú eres ingrata! ¡¡También tú!!

Deseada.—¿Y en qué lo soy? ¿Qué culpa tengo yo de no quererle a usted de esa manera?

Maese.—¡¡Porque te quiero yo con toda mi alma!!

Deseada.—El amor de uno no es razón ninguna para el amor del otro...

Maese.—En mí lo es porque te he dado la vida, y si te hice vivir, adorándote, fué naturalmente para

que tú me correspondieras. ¡¡Para qué había de ser sino para eso!!

Deseada.—Aun así no tengo culpa. Si era esa la razón exclusiva de mi existencia; si había yo de nacer para amarle..., ¿por qué al darme la vida no me inspiró usted ya el amor también?

Maese.—Porque eso es imposible.

Deseada.—Más lo sería el hacer vivir.

Maese.—Es menos, infinitamente menos. Dios quiso hacer el mundo..., y lo hizo; quiso hacer soles y luceros..., y los hizo; quiso que la Humanidad se propagara por generaciones sin cuento..., y lo hizo. Pero Dios, el mismo Dios, bajó a la tierra para infundirles amor a los hombres..., y no pudo conseguirlo. ¡¡Siguen aborreciéndose y matándose igual que el primer día, el día negro de Abel y de Caín!!

Deseada.—Pero yo no le aborrezco, Maese. Al contrario, le tengo un cariño profundo, verdadero...

Maese.—*(Despreciativo.)*—Gracias, gracias. Quien no da lo que le piden, aunque dé todo lo demás, todo, no da nada.

Deseada.—¿Y cómo remedio yo ese daño?

Maese.—Lo remediaré yo solo. El error estuvo en suponer que cuando se escarba en una persona hemos de encontrarnos con el alma... ¡Y no! Se encuentra

la ropa, después se encuentra la carne, y después ya no se encuentran más que egoísmos.

DESEADA.—Como el suyo, Maese. Me dió usted la vida para que yo hiciere la felicidad de usted... pero se olvidó de pensar si eso era o no era la felicidad mía.

MAESE.—Todos egoístas, ¿verdad? Todos únicamente a nuestro propio interés, ¿verdad? ¡¡Pues vamos a eso todos!! Y desde ahora mismo, ¿lo oyes Deseada?, desde ahora mismo concluye mi bondad y empieza mi imperio. Sois míos. Os hice cuando quise cuando quiera os deshago.

DESEADA.—Nos hiciste para ti; no fué gran favor para nosotros... Y vas a deshacernos en un arranque de ira o de soberbia. Si verdaderamente pasara eso en cuáles manos habían puesto el dar y quitar la vida

MAESE.—¿Lo dudas?

DESEADA.—Claro que sí.

MAESE.—Pues a tu costa lo aprenderás. *(Muti por izquierda.)*

DESEADA.—Creía que nuestros enemigos eran únicamente las malas pasiones; pero también lo son la buenas; también del amor hay que guardarse y defenderse...

ESCENA XVII

María Deseada; Pasamontes y Donilo, por foro.

Donilo.—El serenísimo señor Virrey de Pueblosviejos, Mecenas de los artistas y Campeón de los altos ideales, ha querido honrar a este humilde poeta...

(Pasamontes, colocado a espaldas de la Deseada, le da un pequeñísimo golpe en la cabeza con un velo que traerá a prevención.)

Deseada.—*(Con un levísimo quejido, tambalea y se desmaya en el hombro de Donilo.)*—¡¡Ah!!...

Donilo.—¿Qué has hecho?

Pasamontes.—Que perdiera el sentido.

Donilo.—¿Y ha bastado un golpe tan leve?

Pasamontes.—Sí. Las mujeres se desvanecen con muy poco.

Donilo.—Ya lo veo.

Pasamontes.—Y no se trataba de herirla, sino de evitar sencillamente que alborotase al llevármela para el coche. Ande, ayúdeme.

Donilo.—*(Indignado.)*—¿Yo?

Pasamontes.—No hay otro.

Donilo.—¿Y has creído tú posible, bandido despreciable, que yo me prestara a ser cómplice de tus bellaquerías?

PASAMONTES.—De las mías, no. ¡Es mucho bocado éste para el pobre Pasamontes! La llevo para el serenísimo señor Virrey...

DONILO.—¿Para el Virrey?

PASAMONTES.—Mecenas de los artistas y Campeón de los altos ideales.

DONILO.—¿Para el Virrey? Entonces..., entonces es una aventurilla galante...

PASAMONTES.—Ni más ni menos. Ande, ayude.

DONILO.—Con mucho gusto.

(Pasamontes le envuelve la cabeza con el velo a la Deseada.)

ESCENA XVIII

DICHOS. LA PRECIOSA y el DOCTOR, por derecha.

DOCTOR.—¿Qué pasa?

DONILO.—Nada. Pasa un deseo...

DOCTOR.—¿Y ella?

DONILO.—La Deseada.

PRECIOSA.—¿Para el Virrey? ¿Y se ha desmayado por eso? ¡¡Pues no presume poco esta mujer!!

PASAMONTES. — Menos conversación y ayuden, ¡¡ayuden!!

(Entre los cuatro se la van llevando, pero por su pie.)

ESCENA XIX

DICHOS. MAESE BARTOLOMEO, por izquierda.

MAESE.—¿A quién lleváis?

PASAMONTES.—A quien a usted no le importa.

MAESE.—¿Y te atreves tú, bellaco, a responder de ese modo?

DESEADA.—*(Débilmente.)*—¡Maese..., Maese!

PASAMONTES.—¡Calla!

(Maese aparta bruscamente a todos y descubre a la Deseada; pero todos se precipitan sobre él, y a golpes y a empellones lo echan a un rincón.)

MAESE.—¡Canallas! ¡Canallas! ¡¡Más que canallas!!

PASAMONTES.—*(Sacando su daga.)*—¡Se acabaron los chillidos!

DOCTOR.—*(Sujetándole.)*—Esa clase de razones, aquí dentro, no. Paciencia y a buscar el desquite.

PASAMONTES.—¡Si es en la calle no lo cuenta!

DOCTOR.—Pero es aquí. Guarda, guarda...

MAESE.—¿Os habéis atrevido a poner las manos en mí?... ¡¡En mí, vosotros!!

PASAMONTES.—Oiga usted, don Maese. Estorbó usted mi negocio; pero lo dejo escapar a gusto si acla-

ramos de una vez esa manía, que ya me tiene a mí un poquito mosqueado. ¿Qué es lo que usted dice?

MAESE.—Que sois desagradecidos y crueles.

PRECIOSA.—¿Cruel yo? Miente la fama entonces.

PASAMONTES.—¿Es por mí la canción?

MAESE.—Tú eres un rufián indigno.

PASAMONTES.—Tanto lo repiten que llegaré a creérmelo...; pero mi pregunta se ha quedado aún sin respuesta, honradísimo caballero.

MAESE.—¿Qué pregunta?

PASAMONTES.—Una insignificancia. ¿Por qué somos desagradecidos?

MAESE.—Por olvidar que me lo debéis todo.

PASAMONTES.—¡Mucho es todo!... ¿Entonces la Preciosa le debe sus preciosidades?

MAESE.—Sí.

PASAMONTES.—El Virrey, su corona; el Doctor, su ciencia; la Deseada, su hermosura...

MAESE.—¡Sí! ¡¡Sí!!

PASAMONTES.—¿Y el rufián? ¡¡Yo!! ¿El rufián le debe a usted el ser tan rufián y tan indigno?

MAESE.—*(Espantado.)* —¿Cómo dices, Pasamontes?

DOCTOR.—Las afirmaciones de Maese Bartolomeo no se pueden tomar tan al pie de la letra, porque hay la exageración natural del que padece una idea fija.

Y una idea sola, por grande y por verdadera que sea, es un manantial de errores para todas las demás ideas.

MAESE.—No son exageraciones, no.

PASAMONTES.—¡Que lo sean!... ¡Que lo sean! ¡¡Es mejor para usted, don Maese!! Dependiendo de alguien que está muy lejos del mundo y que es muy superior a nosotros, no hay más que resignarse... ¡¡Pero si fuera cierto que por la voluntad de un hombre nací rufián, vivo en las cárceles y moriré en la horca!!... ¡¡¡Si fuera cierto!!!...

DESEADA.—*(Suavemente.)*—Pasamontes...

PASAMONTES. — *(Calmándose y sonriendo.)* — Si fuera cierto no podríamos ni hablar siquiera, porque ya haría mucho tiempo, mucho, que tendría usted el cuerpo cosido a puñaladas.

MAESE.—¿Serías capaz?

PASAMONTES.—Pues no que no. ¡¡Menuda satisfacción me daba usted si yo pudiera cobrarle a un hombre solo todas las desventuras de mi vida!!

PRECIOSA.—Y yo las mías.

DONILO.—Y yo.

MAESE.—Ingratos, ingratos...

PASAMONTES.—Eso quizás lo será quien le deba lujos y placeres; pero quien no tiene en su cuenta más que desdichas, ¡qué ha de ser ingrato! ¡Pues así que mi vida es para agradecérsela a nadie!

MAESE.—¡Era tu destino, Pasamontes!

PASAMONTES.—*(Riendo.)*—Que el diablo me lleve antes de lo que al fin ha de llevarme, si la razón no es muy graciosa. *(Serio.)* ¿Mi destino? ¿Y quién le ha dicho a usted que yo quisiera vivir mi destino de rufián? ¿Quién?

DONILO.—¿Quién le ha dicho a usted que yo quisiera ser poeta y hacer siempre versos?... ¡¡Y siempre versos!!

PASAMONTES.—Y siempre malos.... Con el pobre Donilo fué usted implacable.

DOCTOR.—¿Para qué me hizo usted doctor y que alaben mi ciencia conociendo yo de sobra mi ignorancia.

MAESE.—¡No seáis injustos!

PRECIOSA.—¿Y quién le dijo a usted, señor de las justicias, que yo quisiera ser vendedora de mi misma y esclava de los demás? ¿Quién?

DESEADA.—*(Dulcemente.)*—¿Por qué me dió usted un alma noble y amante, si todos me desean y ninguno me quiere? ¿Por qué, Maese?

MAESE.—¡Tened piedad de mí!

DESEADA.—Pero usted no la tuvo de nosotros.

MAESE.—Pensad que sin mí no viviríais siquiera.

DESEADA.—Pues eso es lo más cruel.

PASAMONTES.—¡Eso! ¿Quién le ha dicho a usted

que deseábamos vivir tal como somos? ¿Quién le ha dicho que yo no prefiriría mil veces, ¡¡millones de veces!!, el continuar sin haber nacido, antes que venir al mundo para ser fatalmente huésped de presidio y carne de horca? ¿Quién?, respóndame, ¿quién?

Preciosa.—El sólo.

Pasamontes.—Naciendo como nacen todos, nos quedaba siquiera el consuelo de que por nuestra voluntad, por nuestro propio albedrío, caminábamos en la vida por buen camino o por mal camino... ¡a nuestra elección y a nuestro riesgo! Pero naciendo como usted ha querido, sin que pudiéramos variar de rumbo jamás, éste a la fuerza de pedigüeño, ésta a la fuerza de cortesana, yo a la fuerza de rufián..., eso... ¡eso no fué crearnos, fué sujetarnos, amarrarnos con invencibles ligaduras, y desde lo alto de la fantasía de usted lanzarnos implacablemente sobre el vicio y sobre el lodo para que en ellos nos revolquemos en eterna desventura!

Maese.—Pero la intención mía fué muy noble. ¡Amaba tanto a mis muñecos!...

Deseada.—No, eso no es cierto.

Maese.—¡Te juro que sí!

Deseada.—No, Maese, no. Sabiendo que todos, con rarísimas excepciones, seguimos el rumbo que nos marca la cuna en donde nacemos y los vestidos

que nos ponen... ¡¡Antes de pedir la vida para sus muñecos debió usted vestirlos de príncipes y de nobilísimos señores!! ¡¡Vestirlos de meretrices y de bandidos era ya condenarlos antes de nacer!!

MAESE.—¿Tú me aborreces, tú?

DESEADA.—Yo, no. Para mí—como para todos—no hay daño ni favor ninguno, porque todo pasa únicamente por la imaginación de usted... Pero si en realidad fuéramos sus muñecos... ¡¡Ay, si en realidad lo fuéramos!! Hoy tendríamos que decirle: "¿En tu mano estaba el hacer de nosotros lo que tú quisieras? Maese..., ¿en tu mano estaba? ¿Y me hiciste desdichada pudiendo hacerme feliz? ¡¡Maldito seas, Maese!!

MAESE.—¡Qué horror!

PRECIOSA.—¿Me hiciste cortesana, pudiendo hacerme gran señora? ¡Maldito seas, Maese!

PASAMONTES.—¿Me hiciste rufián, pobre y despreciado, pudiendo hacerme rico, noble y caballero? ¡Maldito seas, Maese!

DOCTOR.—¡Maldito!

DONILO.—¡Maldito!

PASAMONTES.—Y mereces la muerte. ¡No una vez, cien veces!

PRECIOSA.—Pero antes que nos pague las burlas.

¿Vamos a mantearle y lo llevamos por los jardines echándole al aire?

DONILO.—Eso, eso, a mantearle.

PASAMONTES.—¡Brava idea! Para unos muñecos, un pelele.

DOCTOR.—Venga tu capa.

PASAMONTES.—Ahí va.

PRECIOSA.—¡Y arriba con él!

(Tratan de cogerle.)

MAESE.—¡No, eso, no!

DOCTOR.—¡Arriba!

DONILO.—¡Arriba!

ESCENA XX

DICHOS. Por el foro, el VIRREY con el CHAMBELÁN y el SUMILLER.

VIRREY.—¿Qué pasa?

DESEADA.—Dice que le debéis la vida y la corona...

VIRREY.—*(Riendo.)*—Eso es de loco. No le hagáis caso.

PASAMONTES.—Y estorbó el que os lleváramos a la Deseada.

VIRREY.—*(Indignado.)*—¿Estorbas mis placeres? ¡Eso es de criminal!

PRECIOSA.—Y queremos mantearle.

VIRREY.—Muy bien hecho. Que le debamos un favor, se puede disculpar...; pero que nos prive de nuestros goces es inaudito.

CHAMBELÁN.—Temerario.

SUMILLER.—Irrespetuoso.

VIRREY.—Manteadle, manteadle...

CHAMBELÁN.—Pues ahora mismo.

MAESE.—¡No! Desconocedme..., injuriadme..., matadme... ¡Eso sí! Pero el escarnio y la befa, no; eso, no. Al conceder, os concedí con generosidad; si me equivoqué, me equivoqué con grandeza. ¡No me castiguéis, pues, con mezquindad! ¡Matadme!

PASAMONTES.—Después.

MAESE.—¡No seáis malvados!

PASAMONTES.—¿Y qué hemos de ser sino lo que usted ha querido que fuéramos? Para hacer hombres buenos hay que empezar por hacer hombres felices..., y no haciéndolos buenos, no hay que culparles después porque sean malos.

DESEADA.—Y al formarnos—al creer usted que nos formaba—, el pecado es de soberbia únicamente. ¿Tu obra, ¡gusano!, iba a enmendar la obra de la creación?

VIRREY.—A mantearle pronto.

MAESE.—¡Deseada! ¡Deseada! Que mi soberbia y

mi locura sean ultrajadas..., ¡no importa!; pero el amor que te hizo vivir y el amor que te guardo, no consientas tú que lo escarnezcan... ¡Que en este mundo, el amor es la única verdad que merece serlo!

PRECIOSA.—¿Vamos con él de una vez?

PASAMONTES.—Vamos.

(Todos, menos el Virrey, que se ríe inmóvil, se aprestan a mantearle.)

MAESE.—¡Defiéndeme, Deseada, defiéndeme!

DESEADA.—¡Sí! Aunque no sea el suyo ni para ella, la mujer defiende siempre al amor. ¡Allá voy, Maese! *(Se precipita entre ellos.)*

OSCURO Y MUTACIÓN

PRECIOSA.—¡Vamos!

DOCTOR.—¡Arriba!

PASAMONTES.—¡Firme!

DONILO.—¡Firme!

DESEADA.—¡Maese! ¡Maese!

SUMILLER.—¡Duro con él!

CHAMBELÁN.—¡Arriba, arriba!

MAESE.—¡Deseada! ¡Deseada!

(Y a voces y con barullo, mutis todos menos Maese.)

ESCENA XXI

Alzados o recogidos los tapices, queda libre la decoración del acto segundo. Unos muñecos colgados; otros por el suelo.

MAESE.—*(Inquieto y desorientado se fija en el muñeco María Deseada y lo coge.)*—¿Vuelves a ser muñeca, Deseada..., o no has dejado nunca de serlo? No sé... ¿Qué delirio he soñado o qué realidades he vivido? No sé tampoco... En cambio sé que el ambicionar que las cosas de este mundo sean mejores de lo que son, es nobleza y es piedad; pero el figurarse que nosotros las haríamos mejores, es soberbia únicamente. Y a los soberbios, cuando son ángeles, los echan del cielo, y cuando son hombres los hacen estrellarse contra la implacable realidad. Muñecos, seguid muñecos. Hombres, seguid de hombres; pero acordaos de que muchas veces no valéis más que los muñecos...

(Deja con pena al muñeco María Deseada, y mutis lento sonriendo tristemente.)

TELON

MANUEL LINARES RIVAS.

La Coruña, Paso de la Peregrina, julio 1921.

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES O MAS ACTOS

Aire de fuera, estrenada en el teatro Español.

María Victoria, estrenada en el teatro Español.

La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.

La Divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia.

Añoranzas, estrenada en el teatro Español.

El caballero Lobo, estrenada en el teatro Español.

La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.

La raza, estrenada en el teatro de la Princesa.

Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.

Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa.

El Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.

La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.

Toninadas, estrenada en el teatro Español.

Las zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.

El conde de Valmoreda (inspirado en una idea de Tolstoï), estrenada en el teatro Odeón.

La Casa de la Troya (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia.

Frente a la vida, estrenada en el teatro Nacional, de La Habana, y Lara, de Madrid.

Almas brujas, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara.

La cizaña, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo, en tres actos y refundido en dos, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata, estrenada en el teatro Lara.

El mismo amor, estrenada en el teatro Lara.

Nido de águilas, estrenada en el teatro Lara.

El buen demonio, estrenada en el teatro Lara.

Flor de los pazos, estrenada en el teatro Lara.

Camino adelante, estrenada en el teatro Cervantes.

Como buitres, estrenada en el teatro Cervantes.

La garra, estrenada en el teatro de la Princesa.

Fantasmas, estrenada en el teatro Lara.

Como hormigas, estrenada en el teatro Lara.

En cuerpo y alma, estrenada en el teatro Infanta Isabel.

Cobardías (8.ª edición), estrenada en el teatro Lara.

Cristobalón, estrenada en el teatro Nacional, de La Habana, y Lara, de Madrid.

EN UN ACTO

Porque sí, estrenada en el teatro Español.

Lo posible, estrenada en el teatro Lara.

En cuarto creciente, estrenada en el teatro Lara.

Cuando ellas quieren, estrenada en el Salón Regio.

Lo que engaña la verdad, estrenada en el teatro Español.

Clavito, estrenada en el teatro Cervantes.

La razón de la sinrazón, estrenada en el teatro de la Comedia.

El señor Sócrates, estrenada en el teatro Lara.

El milagro, estrenada en el teatro Lara.

Cada uno a lo suyo, estrenada en el teatro Lara.

Una cosita que se les olvidaba, estrenada en el teatro de la Comedia.

ZARZUELAS

La viuda alegre (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.

La fragua de Vulcano, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Cuando ellas quieren, música de Calleja, estrenada en el teatro Cómico.

La magia de la vida, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Sangre roja, música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.

Santos e Meigas, música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.



Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20, Madrid